

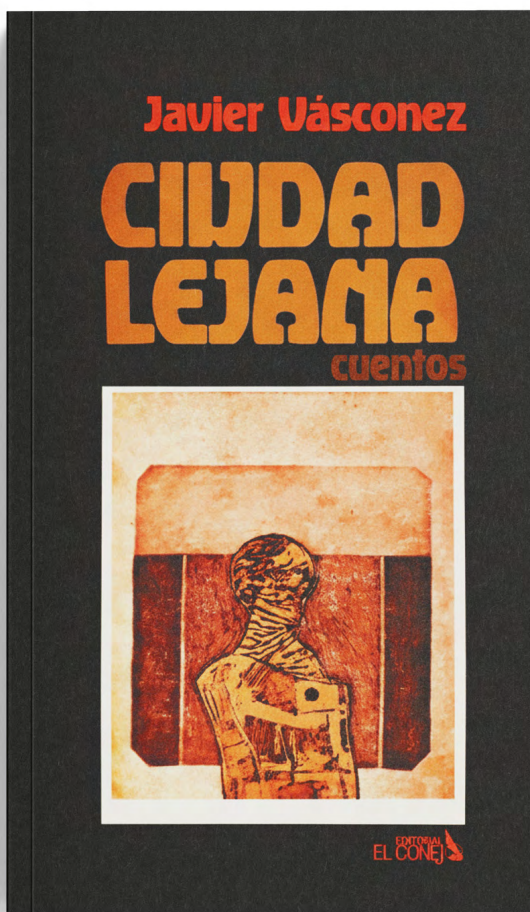
JAVIER

CIUDAD
LEJANA

VÁSQUEZ

Prólogo de
Cristóbal Zapata

 FICCIÓN
EQUINOCCIAL



Portada de la primera edición de *Ciudad lejana*, Editorial El Conejo, Quito, 1982.
Cuadro de portada e ilustraciones interiores de Faik Hussain

CIUDAD
LEJANA

Ciudad lejana, de Javier Vásconez, es el primer título de la colección «Ficción Equinoccial», un proyecto de la Casa Editora de la Universidad del Azuay dedicada al cuento ecuatoriano.

© Javier Vásconez, 1982, 2026

© De esta edición: Universidad del Azuay-Casa Editora, 2026

ISBN: 978-9942-577-52-8

e-ISBN: 978-9942-577-53-5

EPUB: 978-9942-577-54-2

Concepto, edición y prólogo: Cristóbal Zapata

Diseño y diagramación: Juan Pablo Ortega

Revisión de textos: Silvia Ortiz Guerra

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga

Rector

Genoveva Malo Toral

Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni

Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi

Directora Casa Editora

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos.

Cuenca, Ecuador, 2026



**UNIVERSIDAD
DEL AZUAY**

Casa
Editora

JAVIER
VÁSQUEZ
CIUDAD
LEJANA

CIUDAD LEJANA:
LA TRAVESÍA DE LOS TIEMPOS

Entonces comprendí lo que significa ser fotógrafo, un poeta del instante que pretende atrapar el paso del tiempo. Y por eso seguí explorando la ciudad.

J. V.

Publicada por primera vez en 1982, en la Editorial El Conejo, *Ciudad lejana* es la ópera prima de Javier Vásconez, el libro donde el autor empieza a *dibujar su ciudad sobre el papel*, donde imagina las primeras criaturas y formas del mal, dos *leitmotivs* de su narrativa posterior. Son once cuentos de personajes (pertenecientes a varias generaciones de una familia aristocrática en descomposición) en los que la experiencia interior, emocional, psíquica, parece resonar en los escenarios que aquellos transitan: Quito con sus claroscuros de ancestro barroco, sus recovecos sombríos y su espléndido entorno andino, pues en la escritura del autor, el clima y las atmósferas suelen adquirir una dimensión moral, incluso metafísica.

Una furia lasciva, profana, sacrílega, recorre estos cuentos. Furia y lujuria que atraviesan como dato genético, como consigna de sangre de los Castañeda, el tiempo ritualizado de la Colonia, el tiempo heroico de la República, hasta llegar a una hora avanzada de la noche y del siglo XX, donde el último heredero, un fotógrafo melancólico («cazador de lunas»), se encuentra atrapado

entre los fantasmas de la memoria y los inciertos pasadizos de la ciudad nueva. En adelante, la incertidumbre, la ambigüedad y la sospecha marcarán el compás de la literatura vasconeciana. Por lo demás, con este cuento final, el libro traza un círculo perfecto, revela su estructura cíclica, pues el protagonista ha vuelto a la vieja mansión del Centro Histórico —del primer relato— donde antaño la matrona llamaba a su sirvienta con esa campanilla de cristal cuyos ecos parecen cruzar la ciudad y el tiempo. Este es un libro de repercusiones y sonoridades: por un lado, una gama de impresiones propiamente acústicas, orquestadas por la trama fónica de las palabras o la estructura anafórica de ciertos pasajes; por otro, ruidos corporales-materiales, y un repiqueteo intertextual hecho de sutiles guiños literarios. En esta ciudad lejana retumba la lengua, el cuerpo y la tradición literaria.

Todo lo que tocan los personajes de estos cuentos lo pervierten, lo profanan, y esta profanación parece redimirlos de su culpa, de sus males físicos o mentales. Las expresiones del mal y sus dolencias (físicas o psíquicas) pueden leerse como metáforas del *pathos* familiar, de su decadencia social, pero también como cifrados mecanismos de rebelión frente al entorno. Aquello que Julia Kristeva —a propósito de la obra de Céline— llama «los poderes de la perversión», es decir, lo que «perturba una identidad, un sistema, un orden». (De hecho, las impetuosas voces de Céline y de Genet laten debajo de varias de estas páginas). Así, en «Angelote, amor mío», Jacinto funde en un solo acto erotismo y blasfemia, como una forma de liberarse y burlarse de las miradas que lo acosan y culpabilizan: la imagen de la Dolorosa, el retrato fotográfico de su madre.

«Angelote», relato precursor de la literatura homoerótica en lengua española, y uno de los más célebres del corpus de Vásconez (comentado con admiración por lectores diestros como Ignacio Echevarría o Luis Antonio de Villena, entre otros críticos y escritores), es un poderoso monólogo a través del cual Julián recuerda episodios de la vida de su amante Jacinto (la oveja negra de la familia aristocrática), maestro en fantasmagorías y profanaciones. Este cuento, que en su momento mereció la Primera Mención de la revista *Plural* en México, sigue sorprendiéndonos por su mirada indiscreta y su dicción audaz. La invocación al Divino Marqués en el epígrafe ya inscribe al cuento —desde su inicio— en una genealogía de la perversión.

En ese libro debutan, además, dos personajes que harán una larga carrera en la narrativa de Vásconez: Roldán y el Coronel. Aunque han sido modelados a partir de individuos que el autor conoció o entrevió en algún momento de su vida, no es difícil advertir en ellos ciertos ascendentes literarios. El primero, «rey indiscutible de la noche, las putas, los abismos de la luna y la ciudad», recuerda al Larsen de Onetti; en el segundo reverberan ciertas figuras ecuestres de Faulkner. Pero son, al mismo tiempo, dos de las creaciones más íntimas y perturbadoras del autor.

A propósito de referencias culturales, sobresalen, en este primer libro, los epígrafes bíblicos con su designio apocalíptico y existencial.

Junto al «Angelote», quizá sea «Eva, la luna y la ciudad» —el cuento que cierra el libro—, uno de los más logrados de esta primera entrega. Se trata de una hermosa crónica del desarraigo y el fracaso sentimental de

un fotógrafo obstinado en capturar la esencia esquiva y secreta de la ciudad. Este es el primero de una sugestiva saga de fotógrafos en las ficciones del autor, sigilosos *alter ego* de Vásconez, perseguidor maniático de los detalles reveladores, «poeta del instante».

Y mientras la prosa de los primeros cuentos está imbuida del estilo y los procedimientos retóricos del neobarroco —todavía en boga en la narrativa ecuatoriana y latinoamericana del post-boom de comienzos de los ochenta—, en los últimos se erige ya de cuerpo entero ese tono poético, reposado e introspectivo de su escritura posterior.

Cruzar este libro se parece a atravesar una de esas regias mamparas del barroco quiteño (con sus arabescos tallados y su profusión de espejos diminutos), pero no en dirección al interior de templo sino al interior de la ciudad actual. Un viaje del silencio al bullicio, de un *tempo* sagrado a un *tempo* pagano. Ese tránsito sutil entre los tiempos y los estilos marca la fundación del mundo literario de Javier Vásconez.

No había mejor forma de inaugurar la colección «Ficción Equinoccial» de la Casa Editora de la Universidad del Azuay que revisitando esta *Ciudad lejana*, cada día más próxima.

C. Z.
Cuenca, junio de 2025

CIUDAD LEJANA
(1982)

Los tigres de la ira son más sabios
que los caballos de la instrucción

WILLIAM BLAKE

HISTORIA SECRETA DE UNA CAMPANILLA

Atrás, estercolero, ¿osas desafiar a un noble, tú?

SHAKESPEARE

Y comerás pan de cebada y lo cocerás con los excrementos que salen del hombre, y a la vista de ellos.

EZEQUIEL 4, 12

• Dónde estará la Brígida?, piensa la patrona tocando con impaciencia una campanilla de cristal. De cristal tallado es la campanilla del pasado. Repicará entonces esa campanilla en sus manos, como abajo en la cocina se agitará el caldo sabroso que la Brígida estará probablemente sorbiendo, sin premura a pesar de las llamadas, con el rostro lunar pegado al esmalte de las cebollas o al mollejón de ave adherido en hilachas a sus labios. Repicará esa campanilla entre sus manos avejentadas, ovillando sus dedos vacilantes como si fueran una aglomeración de moscas peludas sobre un caracol abandonado. Pues esa montaña mágica, según la patrona, es sin duda indispensable para seguir respirando. Repicarán otra vez las distintas campanillas, según los requerimientos del caso, según las exigencias del momento. Pedirá una botella de vino tinto, un poco de amargo sulfuroso o un vaso de gelatina para remediar su ancianidad. Repicarán campanillas de barro cocido, campanillas de latón barato ubicadas encima de la mesa. Repicarán campanillas de cobre o campanillas de plata

labrada. Repicarán campanillas con extrañas formas de tortuga, con figuras de torres exhibiendo a Satán en sus contornos de porcelana. Repicarán cada día otras campanillas, que invariablemente serán la misma en la mente de la Brígida. Repicará una vez más esa campanilla de cristal, acaso como una borrosa, ardiente evocación del General que alguna vez penetró en la plaza de la ciudad montando un garañón de paso corto, castigado bajo el radiante sol de mediodía, mientras sonaban a su espalda, con furor de fiesta, las trompetas, los tambores y los timbales en el atrio de la catedral. Montando una pieza de ajedrez tallada en jade, porque luego cambiaría el rumbo de la historia, recuerda la patrona que su bisabuelo fue mulato sin pasado, triunfador general republicano, un canalla con talento que supo aprovecharse del ajedrez, o sea, de la historia. ¿Dónde estará el mundo, Dios mío?, piensa la patrona remontándose lejos, muy lejos en la historia familiar. ¿Dónde estará el General? Dicen que tenía mala catadura, que ni siquiera se apeó del caballo para homenajear a los notables de la época. Dicen que remató la jugada con un jaque al rey al detener con firmeza la mirada en una ventana esquinera de la plaza, cuando los grandes ojos verdes de una niña —ocupada aún en peinar a sus muñecas— se ocultaron con premura tras los visillos de un balcón. Dicen que esa inquietante mirada fue un gesto para su orgullo, porque afirmó más tarde que a los aristócratas es preciso humillarlos de cuando en cuando. Dicen que luego dirigió su cabalgadura hacia el centro de la plaza sin parpadear siquiera bajo aquel ardiente sol de mediodía. De la ambición de aquel General, piensa la patrona, sólo han quedado las campanillas a su lado. Pero de los inquietantes ojos verdes, en cambio, sólo ha perdurado un

aguazal de males: la señora aún pretenderá poseer la misma autoridad que, doscientos años atrás, el General repartió generosamente entre ministros ataviados de levita, alcahuetes y cocineros que sabían los secretos del ganso y del comino. Del pan de maíz espolvoreado con ajonjolí. Del salmón ahumado sobre brasas untadas de miel. De los vinos del Rhin, la Borgoña y Navarra. ¿Dónde estará la Brígida?, piensa la patrona tocando esa misma campanilla que hoy día es su única comunicación con el mundo, con la ciudad extraña y lejana que se extiende ahí afuera. ¿Dónde estará la botella?, piensa la patrona alargando un brazo hasta el velador, gesticulando tristemente, vaciando su contenido en una copa con restos de jarabe. ¿Dónde estará, Dios mío?, piensa la patrona sospechando que esta vez la Brígida no vendrá. Recuerda sus movimientos, su voz más bien dulce, su risa sonora rompiendo el vapor en la cocina. Del poncho color tierra la patrona no quiere ni pensar: un borigo lanudo que la criada se echa encima, como si cumpliera un ritual secreto, para luego salir todas las mañanas al jardín. Recostada en la penumbra, con los brazos extendidos hacia la oscuridad, la patrona parece dudar un momento. Parpadea con dificultad, captando un poco de esa luz opalina que se filtra a través de los cortinajes. Casi desprovisto de muebles, el dormitorio es una habitación espaciosa, donde la patrona ha dejado transcurrir la mitad de su vida. Deben de ser casi las nueve. Del fondo nebuloso de un espejo puede surgir la Brígida, derramando tanta sangre, que correrá hasta el suelo. De aquí en adelante es menester que seas otra, Brígida, es menester que mejores tu vida sirviéndome, pues sólo así entrarás en el reino de los cielos. De aquí en adelante serás sangre de mi sangre, vida de mi vida.

Deben de ser casi las nueve, piensa la patrona buscando otro poco de vino en el velador. Pero del vino es mejor no hablar cuando hace frío, ni cuando se olvida de comprarlo. Del vino cabe decir que cura las heridas del espíritu: la soledad convertida en alas de murciélago, en ojos reventados sobre el blancor de las sábanas, en arrugas que van apareciendo con el transcurso del tiempo, en noches de espanto, en crepitaciones de amanecer, en un falo tieso transformando el Jardín de las Delicias en árbol consumido por el fuego. ¿Dónde estará, Dios mío? Pero si la Brígida no viene, tendrá que despedirla sin piedad, sin concesiones. Del vino ya ni siquiera sobran los recuerdos que ella cultiva con avaricia, como si fueran piezas irremplazables. De tanto cabalgar en un garañón de paso corto, castigado bajo el radiante sol de mediodía, pudo al fin distinguir entre nubes de polvo los ojos verdes de una niña tras los vidrios de una ventana. ¿Despedirla para qué?, piensa tratando de apoyar su cabeza cenicienta sobre la almohada. ¿Despedirla para no tener unas manos que la alivien? Porque la Brígida se ha convertido sin duda en el espejo empañado de su vientre, al sostener la bacinica donde la patrona se sienta cada mañana con sus nalgas flojas, con sus ojos saltados de angustia, con sus carnes flácidas, con sus frenéticos lamentos que se escuchan hasta el otro lado del jardín. Después se echará una sucesión de pedos que circunvalarán como un laberinto cebollar su ano adolorido. Del rencor no se librárá nadie, menos todavía la Brígida que ha debido aguantar un odio ancestral al fin de cada pedo, por haber presenciado con ojos de criada los raquíticos caracoles deslizándose como arena de rejero dentro del bacín floreado. De todas maneras ya estará borracha antes del mediodía, dando alaridos con-

tra un crucifijo de ojos legañosos. Soltará ruidosos eructos como las cañerías de ese viejo caserón, temblará de miedo pensando que la Brígida no vendrá. ¿Dónde estará, Dios mío? Repudiará entre sorbos de vino a los sapos que mamaron de sus pechos abundantes, devorándola como una raíz putrefacta. Repudiará a gritos su mala suerte con las haciendas, revolcándose encima de la cama. Rechazará como un síntoma de locura la imagen de su rostro contorneándose dentro de la copa. Ese rostro gastado por los años, boceto de lo que fue cuando aún poseía las haciendas. Dirá que Dios es una diarrea para pobres o mendigos, dirá que el cielo es un huerto donde no existen resentidos. Después lanzará palabras de exaltación a su bisabuelo el General, palabras babosas que pronto caerán en el olvido, palabras que durante años la Brígida ha escuchado como una vieja letanía. Dirá que el General fue un hombre de verdad, aunque a mediodía ya estará borracha. Olvidará que fue un mulatto infame, sufrirá en carne propia el odio contenido de los criados. De aquellos que un buen día sembrarán serpientes venenosas en su cuerpo, cubriéndola de ponzoña porque aparecerán en medio de la noche, como una multitud de ícubos, cuyo sudor sorberán como si fuera vino. De esos criados que cocinarán a fuego lento sus tripas, condimentándolas con ajo y pimentón en las pailas de la Brígida. De esos criados que bailarían al mismo compás de las campanillas. ¿Dónde estará, maldita sea? Luego escupirá toda su impotencia, mirará con pavor a dos mujeres que atraviesan los espejos ondulantes de su habitación, ostentando sendos corazones cuya palpación ella no sentirá, pues sólo tendrá ánimo para invocar la figura del General. Repudiará entre maldiciones y palabras obscenas a las longas, que ya no son las

mismas que hubo en tiempos de su bisabuelo, cuando una mirada era suficiente para atemorizarlas. Repudiará sollozando la ausencia de la Brígida —longa maldita, ¿dónde te habrás metido?—. Pujará hasta la hinchazón, colmando de vapores y de pedos sus nalgas temblorosas. Por último removerá con furiosa persistencia las campanillas que se encuentren al alcance de su mano —¿dónde estarás, longa alzada, dónde andarás?—, las campanillas de porcelana, las campanillas de cristal. Antes del mediodía ya estará borracha, esperando la llegada de la Brígida, como años atrás el General había esperado acariciar los senos en capullo de esa niña que aún jugaba con muñecas. Al cabo de un momento invocará con mirada febril las manos de la Brígida, porque solamente ella conoce el difícil arte de limpiar su ano, los fétidos bastones que poco a poco irán cayendo, anegando de líquidos putrefactos las sábanas de lino que entonces se tornarán de un color verdoso como las regiones subterráneas, inquietantes, de su memoria envejecida. Si la Brígida no emerge de las sombras, la patrona no conseguirá soltar su vientre en aquel tazón floreano, donde su bisabuela también pujó con igual empeño familiar en los altos del palacio. Desde la época en que la Brígida aprendió a usar el blanco de España para limpiar la plata, los doce limpiones de lino para cernir el caldo de tórtola, hasta nuestros días, piensa la patrona con ansiedad, la Brígida se ha ido familiarizando con la marmita, el agua mineral que hierve sola, la radio que transmite la verdad del cielo, la enceradora que trabaja sin cobrar. Desde aquellos lejanos días en que temblaba, antes de cualquier invitación, porque dudaba si el vino blanco era para acompañar el pargo o los riñones al jerez, desde esa época en que todo era armo-

nioso hasta nuestros días en que la historia se ha apagado como un viejo álbum de familia, piensa la señora que la criada ha sufrido un cambio visible. Dirá entonces que ha pasado del cómodo pañolón a las baratijas de mal gusto, que las criadas del barrio la han echado a perder. Dirá que la historia es como un rosario: se heredan las buenas costumbres, los rasgos familiares, las recetas de cocina como ese chupé, cuya laboriosa preparación es toda una leyenda en el viejo caserón, pero a su vez se transmiten los vicios de la carne, las pasiones y el estreñimiento... Dirá por último que este es un mal inevitable, tratado ampliamente por el general Juan José Flores en sus memorias, donde afirmaba que para remediarlo hay que permanecer pujando en el trono, como lo hizo el delfín de Francia, cuya enorme sabiduría convirtió a su reino en una bacinica transportable por todos los aposentos del palacio. Pujar con tenacidad, los pies bien separados, mientras un criado repasa con una pluma, si es posible de ganso, el campanario anal de atrás hacia adelante hasta provocar la justa contracción. Pensará que el General supo corromper a la niña, cuando sentado en la bacinica se dejaba adormecer por las tenues caricias de una pluma, mientras que hoy día, para desgracia de la patrona, sólo participan de ese complejo arte las torpes manos de la Brígida. Dirá entonces que para el estreñimiento la única solución es pujar, pujar dolorosamente como lo hicieron sus antepasados. Dirá que ahora no es época de héroes sino de criminales, para satisfacción de los criados. Después cerrará brevemente los ojos, agobiados ante la fuerza de esa luz de ópalo que compone cuadros sobre la colcha, rombos atravesando su memoria, sombras irregulares adormeciendo su pasado. Tratará de apaciguar sus áni-

mos mediante el fulgor de oro que producen las campanillas a su lado. De esa campanilla de cristal que significó la gloria familiar. Del recuerdo de las campanillas cuando aún podía disponer de las criadas a la dependencia actual hay doscientos años de historia, piensa la patrona reclinándose en la pared. De la dependencia a la servidumbre sólo existe el tratado del General, acaso innecesario, sobre las refinadas formas del estreñimiento. Debería saber la Brígida, piensa la señora, que el General quiso salvar a la patria en varias ocasiones, pero antes de hacerlo echó a volar con abundancia de festejos las campanas de la ciudad, los campanones de la iglesia, echó a volar como aves gigantescas todas las campanas de los pueblos, cuando por fin logró atrapar con avidez la mano de esa niña que aún jugaba con muñecas. Debería saber, piensa la patrona, que luego el General creyó oportuno llenar de campanitas el palacio. De campanillas para convocar a los ministros. De campanitas para tener a sus pies, como si el gesto mecánico de echarlas a volar contribuyera a detener la ambición de todos esos clérigos, cuyas sotanas arrastraban sin recato por los corredores del palacio. De campanillas para ordenar a los criados, alejando su odio con el ligero tintineo del barro cocido. De campanillas de plata labrada para humillar —porque a los aristócratas es necesario humillarlos de cuando en cuando— a toda esa atropellada multitud de señorones perfumados, amariconados, a menudo grotescos dentro de sus chalecos a punto de reventar, quienes solicitan una entrevista con el General, guiñando un ojo al criado de turno, pidiendo entre risitas de complicidad un oído atento que escuche sus inquietudes, sus quejas lloriqueantes frente a la campanilla del General. ¿Dónde

estará el mundo?, maldice la patrona borracha antes de comenzar la tarde, mientras afuera el viento sigue azotando los árboles del jardín. Más tarde caerá en angustioso sopor, hundirá el rostro entre sus dedos descarnados, elegirá el olvido para calmar su creciente ansiedad. Soltará un llanto amargo, humillante, un llanto convulsivo porque la historia se ha acabado como un viejo álbum de familia. Mirará a su alrededor con espanto, empujará la colcha intentando levantarse. Y en algún momento alguien abrirá la puerta —detrás estará la Brígida mofándose—, repitiéndole cositas dulces al oído. Entonces querrá olvidarlo todo, olvidar que no ha venido. Examinará con dudosa tolerancia todas las campanillas que permanecen a su lado como objetos extraños, inalcanzables, como si aquellos badajos de plata, como si aquellas esquirlas de barro cocido, como si aquellas castigaderas —¿dónde estará la Brígida, Dios mío, dónde estará?— formaran parte de una vida sin futuro. De una historia sin cronistas. De golpe recordará con una rabia colmada de vino que la Brígida ha estado ausente toda la mañana, entonces resolverá echarla en cuanto aparezca en el umbral de la puerta, estará más borracha que otros días, pensando que la única patrona en aquel viejo caserón es ella, nadie más que ella. Resolverá levantarse haciendo un esfuerzo supremo y descender hasta la cocina, tomando al paso una campanilla de cristal. Observará con asombro las ollas apiladas encima del fogón, el lomo brillante de las sartenes, las cucharas de palo para remover el caldo. Pero regresará luego con rabia ciega a su dormitorio, avanzará impotente hasta la ventana, arrastrando su pobre orgullo, escuchará como a la distancia un burdo campanillazo, repetido sin cesar en manos de alguien que se encuentra en la calle. Reso-

nará en sus manos carentes de energía, a medida que se va acercando a la ventana, una susurrante melodía de cristal. Caminará cuidando de no tropezarse contra las gárgolas de la cama, con los ojos exaltados por el esfuerzo, tanto como si estuviera pujando sobre el tazón floreano. Avanzará moviéndose como un badajo, apoyándose en una mecedora cuyo respaldar ornamentado remedará el caminado de la patrona, las columnas que ella va apartando a su paso, los pies deshabituados a pisar... Después, andando despacio, la patrona continuará hasta la ventana sacudiendo la campanilla, campanillazo de cristal rompiéndose contra la pared en numerosos ojos de sangre, contra sus manos que apenas si logran sostenerse, contra sus pobres senos vaciados, y entonces la patrona alcanzará a ver cómo la Brígida, cargando su atado de ropa, se marcha danzando al son de una campana. De una campana que no es la suya, mientras en la calle un esplendoroso cielo azul parece inundarlo todo, tras el resplandor de un helecho dibujándose contra la crueldad de un muro. Partirá la Brígida con una alegría errabunda, vaporosa en la mirada. Partirá como olla bien alimentada de repollos o garbanzos. Bailando sin cesar al compás del latón y la campana que un capariche sacude armoniosamente —entre risas y caricias por sus tetas gordinflonas—, bailando como si estuviera en una fiesta, encima del camión de la basura, partirá la Brígida sin mirar siquiera hacia la ventana, donde los ojos verdes de una niña parecen dudar de su campana.

LA MARQUESA

A Andrés Guerrero

Con aroma de floripondio cayó la noche sobre la casa recientemente habitada, removiendo sombras en los corredores poblados de zancudos, en las alcobas apretadas bajo el peso de los cortinajes, en los patios donde brotaban con igual armonía el jazmín, la madreselva, el geranio púrpura y un matorral de rosas cuya respiración nocturna parecía dilatarse hasta los confines del parque. Desprovista del corpiño que la incomodaba tanto, la marquesa fue quitándose con una suerte de lánguido impudor las otras prendas de vestir: una enagua de organdí vaporoso, una cinta de color carmesí que sujetaba su larga cabellera, un calzonario de seda rosa, un par de borceguíes rematados en lazón de raso, un camafeo de oro viejo que colgaba entre sus senos... Desnuda en medio de la penumbra, los espejos se negaban a reproducir su silueta recortada como un helecho. Desde el salón contiguo se escapó un acorde, mezclándose con el ruido del viento, con el tibio aroma del floripondio. Un piano la había interrumpido en su toilette nocturna. Sintió entonces que esa sucesión de notas señalaba una proximidad en la casa de Pomasqui. Confundida por aquel intempestivo arranque de amor, tuvo que aceptar con un sobresalto que no hubiera nadie en la casa. Menos todavía alguien que tocara el pia-

no. Cada vez más impaciente, quiso interrogar aunque fuese al rubicundo Arcángel San Gabriel, ubicado con alas de plata encima de su cama, quiso cerciorarse de que todo era producto del cansancio. ¿Oíste algo, María, oíste algo? Pero era inútil que deseara compartir su angustia y su soledad con alguien, porque María descansaba plácidamente en el pueblo. Afuera seguía el rumor del viento entre los árboles, hasta que nuevamente el piano repitió su hazaña de acordes imprecisos, acabando por desconcertarla aún más cuando recordó que el piano estaba inutilizado a raíz del último terremoto. ¿Oíste algo, María, oíste? Dominada por el temor a la oscuridad, tuvo la impresión de que esas notas, esos acordes que ahora sonaban como una consigna de sangre, compartían secretamente el aroma del floripondio, el crujido de los tablones con la humedad, el ruido de las hojas arremolinándose en el patio. Miró hacia el parque, una especie de musgo grisáceo, bamboleante, colgaba de los árboles. Revivió una noche en casa de los Castañeda, cuando las notas del piano se habían prolongado en frufúes de seda hasta el amanecer, interpretando polkas, vales y minués que contrastaban con la voz cascada de los invitados. Fue entonces cuando un hombre uniformado, el mismo que estaría ahora cruzando el páramo, extendió cortésmente el brazo para invitarla a bailar. Después, vinieron los tormentos del amor. Días enteros que ella había transitado sola a la sombra de los árboles, arrancando a su paso un capullo de rosa, tomando al azar un manojo de hierbas, cuya fragancia de atardecer ella aspiraba con deleite. De pie, junto a la glorieta del jardín, la marquesa dejaba caer con impaciencia los pétalos de margaritas, las hojas de trébol que al fin habrían

de decidir su futuro y quizá su vida, repitiéndose a sí misma que la tan anunciada carta de amor no tardaría en llegar... Pero fueron penosos aquellos meses para ella.

Aprovechando un fugaz reposo del viento, descendió hasta el jardín, mientras recordaba aquella época con nostalgia de violines a la madrugada y caricias de tafetanes sobre su cuerpo. De nada sirvió que se echara una manta encima, pues el viento ya arremetía con furor contra los nardos que volaban a ras del suelo, contra los gallitos que también inclinaban sus cabezas, como si fuesen cortesanos en desgracia. Al cabo de un momento, las sombras multiplicaron sus rastros de luna en los muros empañetados de blanco. Contempló la marquesa su propia figura disminuida en los cristales de la ventana, casi oculta tras los flecos de la manta. Dentro de la alcoba acechaban vírgenes con expresión cándida, santos coloniales imponiendo su crueldad desde un cielo imaginario. Retirose asustada, percibiendo olores que el viento traía y alejaba con sus embestidas regulares. Los batientes de madera no cesaban de golpear. Pero la marquesa no había salido para evocar hechos pasados, sino buscando un poco de amparo a su creciente soledad.

Bajo el camisón de seda, sintió que sus pechos rozaban la manta como una leve caricia de plumas, produciéndole un cosquilleo, un inexplicable gozo en los pezones. Luego sus dedos hicieron el resto, resbalando hacia otros lugares. Al otro lado se percibía el zumbido de las mariposas junto al único farol prendido en la galería, el musgo creciendo como cabello de ángel, el concierto anónimo de las ranas, las luciérnagas estrellando el horizonte. Paseando su cuerpo a medio desnudar, oyó la marquesa, a lo lejos, el desaforado

galope de un caballo. Era el galope de un sueño que ella no alcanzaba a entender. Era un remoto mensaje diluyéndose en las volutas del aire que respiraba. De pronto un acorde magistral, aislado en medio de la noche, resonó apremiando al viento con hostilidad de ecos nocturnos. Reventaron a un tiempo los goznes, las bisagras, los pestillos, guillotinando cucarachas a cada sacudón del viento. Parpadeó milagrosamente el rostro de Santa Lucía tras el resplandor de un candelabro de plata. Al fondo de la casa crujió un armario con hinchazón de obispo. Retumbó un acorde dentro del salón. Así la memoria del piano invadía nuevamente los espacios de la noche. ¿Oíste algo, María, oíste? Pero aquel acorde solitario, imprevisto, había tomado a sus oídos un significado más profundo, más distante en su conciencia. Parecía como si las cuerdas del piano se hubieran tensado con dolor ajeno, combinándose con los gemidos de quienes morían en las mazmorras por una guerra que se prolongaba demasiado. Después de escuchar aquel acorde, la marquesa siguió de largo hasta el salón. Empujó sin vacilar la puerta condenada. Por un momento, mientras sus ojos se familiarizaban con la oscuridad, recobró la calma. Prefiriendo olvidar que estaba sola, caminó unos metros. Pero al advertir la proximidad del piano, tuvo un acceso de temblores. Poco faltó para que se desplomara, cuando una nube de polillas abrió hendiduras en el aire, como si el aire estuviera alimentado de ellas. Por lo demás, comprobó que el piano alargaba apaciblemente su cola hasta la pared aguardando la mano de un maestro, para comenzar al fin un concierto de polillas en medio de la noche. Rozó con temor el lomo cubierto de polvo, las

teclas como amarillados dientes de perro, los bordes carcomidos por el tiempo. De repente, la marquesa se volvió sobresaltada. Esta vez no consiguió apartar el miedo de su mente. Debía de estar soñando, no podía ser que proliferaran tantas orquestas en el jardín. Amanecía cuando el piano ejecutó, con majestuosa calidad, una sinfonía de caballos galopando. Debía de estar soñando, no podía ser que la muerte se anunciara así en el horizonte. De nuevo presintió la sangre y el crimen montando en el mismo caballo. Después se dejó llevar por esa amenazadora sinfonía de cascos. A lo mejor todo era un sueño con aroma de floripondio, una pesadilla a la que respondió con crueldad en los gestos. Debía de estar soñando, no podía ser que de sus senos blanquísimos brotara un hilo de sangre, como en aquellos cuadros del oratorio. En algún lugar del sueño había aparecido un caballo encabritado, echando abundante espuma por los ollares, un caballo cuya pestilencia ella aspiraba con placer. Al escuchar los gritos del jinete, la marquesa supo que habían asesinado al general en Berruecos y entonces se sintió Santa Lucía, cubriendo los senos con la mano, se sintió una serpiente enroscándose en las patas de una bestia enfurecida que el jinete ya no podía sujetar.

EL CABALLERO DE SAN JUAN

Parecía un poco envejecido desde la última vez que lo habían visto aquellos guerreros...

ITALO CALVINO

De chico, yo era Julio César de cartón y adarga, avanzando al compás trepidante de un tambor de hojalata por los salones, las galerías y los cuartos de la casa. Padecí mi primera decepción a la edad de nueve años, cuando ocurrió lo del negro Ramón. Pero durante los días feriados y fiestas de guardar, yo batallaba sin descanso en la penumbra del salón azul rosa. Como parte del lujoso decorado, los retratos familiares soportaban la ereza de mis ataques. Recuerdo que a un lado del bargueño trabajado en nogal se imponía la presencia inconfundible del obispo Castañeda. Viejo con cara de cebolla blanca, visitó siempre mis sueños en forma de duende, o de aparecido buscando tesoros.

Mamá denominaba a los salones según el color de los cortinajes y las alfombras, según la tonalidad que las lámparas tomaban cuando Petamaría las prendía, al atardecer, de modo que los rostros serenísimos de los santos, vírgenes y nobles destellaran con un resplandor azulino o verde oliva. De chico, sin embargo, yo era Julio César al mando de la Galia Cisalpina. Avanzaba con paso seguro, piafando sobre la escoba de Petamaría en un nervioso bayo andaluz, me acercaba corveteando hacia las estatuas de San Sebastián y San Antonio. Pero nunca me aproximé donde San Juan, cómplice de mis males, pese a que llevaba conmigo el amuleto de ónice

que servía para alejar el vapor que antecede a los ataques... Acaso fue mamá la causante indirecta de que yo anduviera todo el día ataviado de romano, desafiando a los del barrio con lanzas y bracamartes de madera. Pronto me familiaricé con el arte de la guerra. Terciaba molinetes, combinando espada y brazal, contra los armarios, los oreros regados por las aguas del Danubio y los biombos chinos que habían descansado, durante generaciones, en el salón dorado. Además aprendí a hostigar con saña a mis compañeros de escuela, olvidando que el gordo Valdés no era percherón normando, ni Ramírez un desertor de la batalla de Tapso. Peor aún el pecoso Murieta, que apenas me veía marchando con la espada en alto gritaba ganaste, ganaste con tal de que no le quitara la colación a la hora del recreo. Sin duda el hermano Manuel había empezado a cuidarme, gracias a que mamá le hizo una generosa donación para terminar la cancha de fútbol. Aprendí entonces que se puede ser romano, es decir poderoso, si detrás hay plata y obispos ilustres. Por eso me soportaron cuatro años disfrazado de emperador. El negro Ramón me advertía cuidado niño, cuidado que los otros lo van a golpear. Pero yo no le hacía caso. Convencido de que era Julio César, correteaba feliz por los patios de la escuela, aunque el mal de San Juan ya me acompañaba, regularmente, en ese tiempo. Y Petamaría nunca admitió, por lo demás, que pasara la infancia degollando azaleas y perritos como si fuesen galos. Yo alargaba interminablemente la guerra contra los guabos, reprimía la sombra de los cipreses, dejando para el mal de la mañana la invasión a las cuevas del sauce llorón. Petamaría seguía mis juegos, escaramuzas y asaltos con una suerte de espanto. Desde la cocina removía el puchero y los borrachitos de piña,

mientras el jardín quedaba arrasado en pocas horas. A mediodía, cuando la mampara de cristal parecía frenar el acceso de sol a los salones, yo no me había dado aún por vencido. Al contrario, exigía imperiosamente desde mi cabalgadura un refresco de mora o maracuyá. A pesar de que a mi lado los cartuchos agonizaban clamando justicia, las hortensias se mecían como viejas tullidas y los gallitos vomitaban sangre en las apacibles aguas del estanque de piedra. Y sobre los senderos de tierra, apasionados por los cascos de mi bayo andaluz, las rosas rojas, el geranio de hierro, las amapolas de jubón acampado y, por último, las dalias semejabán manchas de sangre, cadáveres destrozados sin piedad por efectos de la guerra. Y los arbustos derribados, las cúpulas azules y los clavelones de moro formaban un montón de basura, que se podía ver como un pueblo entero pasado a cuchillo, desde el callejón oblicuo, rematado en esquina de beata. Y Petamaría comentaba desolada, la culpa no es del santo ni el mal es de San Juan, sino del Picacor Soldado, cuya aguja envenena la sangre del niño y también del rosedal. Pero mamá consideraba estas palabras como chicoria de criada vieja, agobiada de manías y demonios que nadie se tomaba en serio. Y mamá prefería recluirse en sus bordados de lagartera, entredós y gusanillo, antes de llamarme la atención. En sus manos las agujas apuntaban y se sucedían con suma rapidez, como émbolos, sobre el bastidor donde luego habría de nacer una guirnalda, un tulipán en recamado, una or de ángel que esa mañana, a lo mejor, yo había destruido inútilmente en el jardín. Mamá conocía bien mis fechorías, mis crueldades. Permanecía no obstante callada, observándome desde la mecedora, mientras hábilmente yo

colgaba trampas entre los árboles. Y nunca me regañó. Pero cierta vez un gorrión quedó atrapado. Y entonces mamá concentró, jamente, su mirada en el bastidor para evitar regañarme, mientras yo desplumaba sin motivo al pajarillo. Recuerdo que oprimí aquel cuerpo palpitante, tibio entre mis dedos, como parte de esa impotencia que se anticipaba a las convulsiones. Después Petamaría me lavó las manos, cubiertas de sangre y de plumas. Yo me miraba en el espejo. Era Julio César de cartoncillo y tambor de hojalata, iniciando el ascenso de las escaleras con aprobación de mamá, como si fueran los Pirineos.

De repente, un martes después del recreo, alguien se apoderó bruscamente de mí. Me resultaba imposible poner atención, comprender en ese instante que el padre Adorno se purificaba con agua y liturgia, antes de tomar en sus manos el Sacrosanto Cuerpo del Señor. Me sentí incapacitado para detener la caída estelar de la luna, la serpiente infernal y los rubicundos angelitos que acompañaban a la Inmaculada. Porque casulla, vinajera y estola se trizaron en mil colores ante mi espanto. Una fuerza bestial, irrefrenable, se había apropiado de mi cuerpo. Súbitamente las convulsiones en medio de la angustia que iba creciendo. Anegados por un espacio infinito, ciertos objetos se apartaban en vez de aproximarse a mis manos adoloridas, que gozaban destruyendo, restregando una y otra vez el cuerpecillo del gorrión como si fuera mi lengua, mi rostro machacado contra los reclinatorios de la escuela. Era como un inalcanzable juego de espejos, como una danza cuya gura central siempre está en movimiento... Pero recuerdo bien que fue un martes, pues todo el tiempo hubo compañeros que asociaron mi enfermedad con la misa del martes.

De golpe, la soledad del epiléptico. Después hubo carreras hacia la puerta, sollozos y Álvarez gritando endemoniado, endemoniado...

Al despertar sentí que un enorme vacío me rodeaba. Por la ventana abierta penetraban tenazmente los últimos resplandores del atardecer. Los rayos se marchitaban sobre la alfombra, sobre el espejo cegado por el eclipse. Sombras apremiantes envolvían los rostros de Gaspar, Melchor y Baltasar encima de la chimenea. Pero los cortinajes, las mesas y los espejos, sin embargo, carecían en ese momento de significado. Aumentaba mi vacío conforme la penumbra ganaba, transformaba y celebraba la mirada demente del obispo Castañeda. En tono de plegaria, mamá repetía sin cesar es el mal de San Juan, es el mal de San Juan y a ratos sollozaba. Desde el marco de la puerta, el negro Ramón guardaba silencio, haciendo girar entre sus dedos un desgastado sombrero. Mamá le agradeció varias veces por haberme traído a casa dándole un par de billetes, y entonces brotó un Dios se lo pague, a tiempo que yo conseguía retener, fijar mi atención en el obispo Castañeda. Prelado noble e ilustre en la época colonial, ahora me juzgaba desde su retrato con ojillos de rata. Sofocado por extraños presentimientos, me levanté desoyendo las palabras de Petamaría.

Durante un buen tiempo, mamá se empeñó en interpretar, a su manera, textos de Isaac El Ciego y Abufalia, cuyos conocimientos en materia de síncope eran únicos, según el padre Adorno. Pero fue totalmente inútil. A San Juan parecían atraerle los obispos, los generales que conquistaron el mundo —y de chico yo fui Julio César de cartón y adarga—, los grandes señores de

Orleans y Castilla, las reinas como Margarita de Navarra que tañía galantemente, en medio de convulsiones, el laúd italiano y la mandolina. Pobre mamá, siempre sujeta a su pasado de conventos, obrajes y alcabalas, me cambió la vida proporcionándome aquel disfraz de Julio César, afirmando además que la familia Castañeda estaba a la par de Margarita de Navarra y César, cayéndose de su jamelgo en plena batalla de Farsalia.

A partir de aquel día asistí a la escuela ataviado de romano. Montando un brioso bayo andaluz, yo acoplaba corcoveos de jaca abierta de pechos con cabriolas de buena lámina. Esos pasos de tijera, baile o zapateo, revelaban que era un semental de raza. Pero mis compañeros estaban más interesados en el fútbol, la rayuela y los cocos que en verme piafando sobre el pasto. Y yo me quedaba con un desasosiego, con una tristeza que ni el amor de mamá lograba superar. Desolado por la indiferencia que mi armadura causaba, opté por declarar la guerra a mis compañeros. Un bayo andaluz, un general romano no debían pasar desapercibidos. Al n y al cabo, yo era superior a todos ellos ya que padecía síncope de familia ilustre. ¿Quién era, por ejemplo, el pecoso Murieta? Sin duda un pobretón que ni siquiera tenía para aplanchados. Me tranquilizaba pensando en que yo era rey. Aunque demasiado atareado en reclutar soldados en tercer grado, había descuidado las palabras del negro Ramón. Cuidado niño, cuidado que lo van a linchar. Qué insensatez, decía mamá, qué sabe ese negro apuesto. Además yo continuaba haciendo alarde de mi bravura, tirando piedras a los que jugaban rayuela o fútbol. Resonaban mis gritos de proclama militar, como un aullido a lo largo de toda la escuela. Resonaban mis gritos

de mando sin asombrar a nadie. Pronto fui temido, acaso secretamente admirado. A los de primer grado no los dejaba tranquilos, los acosaba diariamente. Porque cada uno de mis ataques signi caba un ojo amoratado, un lastimado en la rodilla. Así yo era Julio César de cartón y adarga. Yo era dueño y señor de la escuela, hasta que, de repente, una mañana el negro Ramón se desplomó en el patio, se desplomó contra el piso que enseguida se tiñó de sangre, atacado por violentas convulsiones, mordió el polvo con esa lengua amoratada de negro enfermo y entonces durante días lloré en la soledad de mi cuarto, lloré pensando que ni la familia Castañeda ni Julio César existirían nunca más para mí.

CRISTO REY

Es justo que el asesino se sostenga como pueda.

JEAN GENET

El mundo no es sino una gran prisión, en la cual se selecciona cada día a unos cuantos para ejecutarlos.

SIR WALTER RALEIGH

Cuando Doña Celestina, mujer del alguacil, despertó una noche en su cama de toldos aterciopelados, bañada con un sudor frío, difícil de localizar y además asustada por el rumor del viento, el hombre ya había desaparecido por detrás de los cortinajes. Un viento helado sacudía los árboles del parque. Desde la pared revestida de madera, los santos y vírgenes del altar se le anunciaron como un tropel de alegres titiriteros. Pero antes de ahogar su desesperación a gritos, Doña Celestina sintió que su lecho se empinaba como una carabela. Alargó el brazo con espanto de aparición, hundiendo su mano aún tibia por el sueño en una bacinica repleta de orines y excrementos. Retiró la mano con premura, eligiendo el sueño para calmar aquel dolor tan hondo que le acosaba desde hacía varios días. De repente, las sábanas de lienzo y los almohadones con monograma familiar cambiaron de tonalidad. Doña Celestina recordó entonces con horror ciertos amaneceres teñidos de sangre, ciertos amaneceres acumulados con pasión en su memoria.

Despertóse abajo el guardián, después de un agitado sueño, pero al comprobar con una rápida mirada que todo estaba en su lugar, siguió roncando entre bayetas y costales a un lado del parque. De vez en cuando, se escuchaba el aullido de una perra en celo, el grito estridente de un borracho perdido, el llanto de un niño asustado o el lejano acorde de una guitarra insinuándose en el barrio de San Marcos. Ahora todo parecía estar tranquilo. Doña Celestina, sin embargo, no tuvo la menor duda cuando vio las sombras en movimiento. Aquel hombre era Cristo Rey con su corona de laurel en la cabeza. Era el eventual milagro del pasado que aparecía de repente. Pero luego de recomponer aquel milagro en su cabeza, Doña Celestina recordó un pasado no muy lejano. Un pasado de estoques, puñales y bandidos que desafiaban el peligro con arrojo admirable en esas esquinas que la ciudad oculta para engañar a la muerte. Esquinas apretadas como un muñón de vieja, como un puño cerrado por la rabia. Esquinas que hasta las prostitutas rechazan por austeras. En todo caso, pensó que de esquinas conocerán mucho los vecinos de la ciudad, pero de adargas, estiletes y cuchillos únicamente su marido. Reposó su mirada sobre la pared cambiante por las sombras. Pero tampoco se podía olvidar que muchos años atrás, cuando todavía habitaban en la Calle de los Suspiros, Juan Díaz Cañedo ordenó que Cristo Rey fuera ahorcado sin piedad.

Una mañana de verano el alguacil atravesó la ciudad sin vacilar, seguido por una multitud de mendigos y vagabundos que frecuentaban el mercado. Montaba un alazán tostado, un alazán flojo de remos. Avanzaba el alguacil sacando pecho, delante de la escolta, empavesado de húsar. Una desdeñosa expresión de mando y un bigote ceniciento cubrían sus labios sentenciosos.

Atravesó las calles haciendo alarde de su vanidad, de su espada de plata colgándole al cinto, de sus espuelas que hincaba con furia en las costillas del jamelgo. Desde los balcones aderezados con abundantes damascos y mantillas andaluzas, las damas miraban el espectáculo como si fuera un día de fiesta, ocultando los rostros detrás de sombrillas y abanicos de seda. Rostros pálidos de harina. A un lado los caballeros bebían vino blanco para apaciguar el calor de la tarde, arrojando después las botellas a la Plaza. Era la oportunidad de destapar esa manzanilla, adquirida a precio de oro —junto con jamones abiertos como una herida, salchichones cayendo en plomada desde el techo y quesos manchegos, cuyo aroma constituía un reino aparte en el fondo de las bodegas—. Y era la oportunidad de brindar con un buen tinto borgoñés que pasara raspando la sequedad de las gargantas. Ante la multitud aglomerada en la Plaza, los señores aparecían como impecables estatuas de cera. Avanzaban soldados, frailes y prelados, portando báculos y mitras de oro viejo. Una dama comentó, a media voz como si estuviera en misa de difuntos, que el alguacil se había esmerado escogiendo con cuidado la hora, el día y el lugar apropiado para ajusticiar al bandido. Porque a partir del último asalto, la situación se había vuelto intolerable en la ciudad. Ante el asombro de los fieles, Bautista Semblantes cargó en un instante con candelabro y patena de plata a la hora del Angelus. Dicen los aguateros, los brujos de la Plaza, las modistillas en los zaguanes, los estrelleros en las azoteas, los comerciantes y los músicos en las tabernas que después del asalto el cura prefirió partir a Roma en busca de plenarias indulgencias. Dicen que un soldado descubrió al bandido una noche de jolgorio, quien al verse aclamado bebió aguardiente en copón de

oro, escupió en una casulla recién robada, comió lentejas en una patena que antaño fuera de Santo Domingo. Además cuentan los vecinos de San Marcos que siempre andaba rodeado de músicos, mujeres de la vida y vagabundos. Cuatro meses le tomó a Juan Díaz Cañedo atraparlo, porque la gente se callaba en su presencia. Pero atrapado al fin, el alguacil de la ciudad eligió sin dudar el Puente de los Gallinazos para ajusticiarlo.

Avanzó el cortejo hasta una esquina de la Plaza, girando luego en dirección al sitio donde se encontraba el verdugo. Durante el trayecto, encabritóse el caballo del alguacil, produciendo un incontenible regocijo entre la gente. Detrás marchaba Bautista Semblantes, repartiendo escupitajos con mirada desafiante y paso firme bajo el sol de verano. Doce frailes iban descalzos, cantando a coro, quitad los pecados del mundo, Señor Mío, quitad los pecados del mundo. Pequeño de estatura, ancho de hombros, avanzaba el bandido con desparpajo. De pronto, una pasmosa indignación se levantó, a modo de rogativas, en los balcones, cuando los caballeros, que ya andaban subidos de vino, recibieron atónitos el primer escupitajo. Al caminar, Bautista Semblantes era todo un hombre, no cabía la menor duda. Aquellas cholas buenas para criar hijos, buenas para amamantar a ajenos lo sabían bien. Una desbordante multitud lo aclamó, extendiendo los brazos para tocarlo y reconocerlo como a uno de los suyos, mientras avanzaba dignamente hacia la horca.

De súbito, el alguacil dio la orden de parar la marcha. Miró sin mirar el azul del cielo. Señaló con firmeza hacia el Puente de los Gallinazos. Un silencio maligno cubrió las calles de la ciudad, interrumpido solamente por el alboroto de las palomas en los tejados. La grave-

dad de ciertos rostros contrastaba con la alegría de otros. «¿Por qué lo van a matar, si es tan bueno?», preguntó un hombre desde el corazón mismo de la muchedumbre. Redoblaron al instante los tambores, se prolongó el Ora Pronobis en boca de frailes y prelados, se extendieron en susurro de avispas las jaculatorias entre las beatas de la Catedral. Demasiado bien conocía el alguacil la trayectoria de aquel hombre como para andarse con rodeos.

A tambor batiente, un fraile descalzo dio un paso adelante. Un caballo se encabritó, alzándose de ancas, contra aquel pobre fraile indefenso. A partir de ese momento, un aullido ensordecedor envolvió el mercado, la Plaza, las calles de la ciudad, cuando se supo la sentencia. Preguntó entonces el fraile, doblado de miedo, si estaba arrepentido de sus pecados. De su amistad con brujos, con mujeres de la peor calaña. De haber forzado, sin miramientos, a una distinguida dama de la ciudad. De los robos perpetuados a la familia Castañeda. De escupir con insolencia contra el cuerpo del Señor —gritó una dama enardecida por el jerez—. De robar a la Santa Madre Iglesia. Acallado al fin el vocerío, una vieja desdentada cayó a los pies del bandido, cuya contestación fue que se jodan. Que se jodan los curas maricones. Por un momento, Doña Celestina se sintió inquieta, molesta en el balcón, ya que ese hombre seguramente tenía sangre de indio y negro cimarrón. Porque en ese rostro resplandecía un secreto mensaje contra la muerte, contra la ignominia.

Bautista Semblantes prosiguió su discurso, una vez más, parado delante del verdugo y dijo que él solamente había robado para los otros. Que se vayan a la mierda las Doñas del balcón. Que pronto llegaría el día de salvarlos. Que él era Cristo Rey, hijo de Dios. Que había

que seguir adelante. Más de una dama se desvaneció al oír aquellas palabras. Y más de un caballero, sintiéndose ofendido, quiso disparar en el acto pistola, arcabuz y escopeta contra ese canalla. Pero fue innecesario, ya que Bautista Semblantes murió en su ley, o sea ajusticiado por la ley. En los balcones los caballeros brindaban con vino blanco, aceitunas castellanas, jamón ahumado, ciruelas en potaje maximina y chocolate con quesillo para las damas. Al atardecer, se destaparon botellas de champagne, antes de partir hacia la casa del gobernador, donde las señoras podrían exhibir en paz sus escotes, sus jacintos de compostela, sus joyas resplandecientes a la luz de la luna. Por fin el peligro de Bautista Semblantes había pasado.

Pero cuatro años después, cuando Doña Celestina se despertó en su lecho de toldos aterciopelados, el hombre ya había desaparecido, no sin antes robarse un collar de perlas y propinarle cuatro puñaladas de muerte al alguacil. Así Doña Celestina comprobó, en un abrir y cerrar de ojos, que Bautista Semblantes era, en efecto, el Cristo Rey de esta ciudad que antaño fuera un brazo del firmamento.

SOR JUANA ROSA

Después, por motivos de liturgia, Sor Juana Rosa —Juana la loca para algunos, Rosa la milagrosa para otros— fue llevada en alegre procesión la mañana del Domingo de Ramos, entre flores multicolores y despliegues musicales, ante la torva presencia del canónigo Hurtado, comisario de la Santa Inquisición. A partir de aquel día nadie dudó de la Santa, porque horas más tarde saldría el canónigo al balcón, jubilosamente, azoradas las mejillas, alzando su panza como un tambor oscilante. Desde allí repartió bendiciones a los fieles que esperaban su veredicto. En su mayoría eran tuertos aquejados de nubes, cojos que apenas podían moverse, pordioseros harapientos, leprosos que se arrastraban haciendo sonar campanitas. Desde allí tuvo la certeza del infierno. Por eso, cuando Sor Juana Rosa fue llevada a sus pies, el canónigo Hurtado rezó mucho, azotándose luego en la oscuridad de su aposento, a fin de esclarecer su mente anulada por los excesos de la comida. Debía ayunar pero no lo hizo. Pidió en cambio —tras una larga meditación— una bandeja con bastante jamón ahumado, pan remojado en jalea real, un quesillo de cabra que aún conservara el frescor de una lechuga. Recordó que ayunar está muy bien para los pobres. Pidió entonces un jarrón de leche espumosa, un sorbete de vainilla y para dar por

terminado su desayuno reclamó, con ese donaire propio de un canónigo conocedor de la tradición culinaria, una copita de aguardiente para reanimar la digestión. Después se hizo servir una fruta. Las manos regordetas del canónigo parecían disfrutar al hundir con rabia, casi cruelmente, el cuchillo en la pulpa rosácea del melón. Pensó el canónigo que esas manos habían servido para tramar mortales componendas. Retiró en el acto la fruta abierta como un sexo, alzó los ojos al cielo, escupió sin ganas en un platillo ubicado a sus pies. Respiró sintiéndose más liviano para recibir a la Santa de las flores. Pero antes se abandonó al sano placer de eructar y pujar a discreción, hinchándose bajo los hábitos de seda. Ahora ya estaba dispuesto a atender toda clase de milagros. De fábulas que seguramente Fray Augusto se había ingeniado para apaciguar a las monjitas. Pensó que el mundo era una fábula circular cuando sintió nuevamente agitarse la sangre por sus venas palpitantes. Avanzaba la mañana con golpes precisos en un reloj de pared. Reprimió un eructo cubriéndose la boca con un pañuelito. Detuvo su mirada lagrimeante sobre un cuadro de la virgen. De pronto, apareció Fray Augusto haciendo reverencias por detrás de los cortinajes. Tenía unos ojos tristes que el canónigo trató de evitar. A una señal suya, Fray Augusto abandonó las espesas sombras que lo envolvían junto a la puerta, caminó midiendo los pasos con la mirada baja, esperó otra señal para seguir, pero la Santa ya se había adelantado, postrándose a sus pies. Pensó mirándola con atención que en su pecho no había senos sino cerezos. De todos modos la mirada voluntariamente cruel, inquisidora, del canónigo sucumbió ante la belleza melancólica de Sor Juana Rosa. Después de tantos milagros parecía no tener cuerpo.

Pensó que sus ojos tenían el oro polvoriento del mediodía, la suavidad del sándalo, la engañosa tersura de la luna. Pensó que eran bellos esos ojos furtivos de rosa indolente, pensó que eran terribles aquellos lunares que su cuello anidaba como sombríos pensamientos. Entonces el canónigo tembló en su trono al sospechar que esa niña desconocía la piedad. Una niña escuálida rindiéndose al vuelo fatal del sueño o la locura. Apartó de su mente ese pensamiento por considerarlo absurdo, y se mortificó al ver que la Santa se había inclinado a sus pies para besar la hebilla plateada de sus zapatos, enredando su larga cabellera en los calcetines encarnados del canónigo. Pensó en un retablo mayor. Después se asombró al escuchar esas palabras repetidas como desde las profundidades de un sueño, de otra persona que habitara en su lugar como si brotaran del espanto al repetir fatigada: «Padrecito mío, los pájaros van a cantar, ya llegará la hora. Hace mucho que yo no duermo. Un día volverán trayendo una música infernal, me maltratarán, ¿y qué importa, padrecito, si van a saltar los peces en la calle? Morirán los reyes en la baraja... Un brazo de mar penetrará en la ciudad, desplomándose el cielo, pero entonces los pájaros vendrán. No, no puedo dormir al sentirlos tan cerca. Hace mucho tiempo que los veo rondando, y yo sé que me maltratarán, ¿y qué importa si después todo será distinto?». El canónigo Hurtado resolvió, sin la menor duda, que esa niña iluminada era una Santa. Pidió al cielo un respiro para meditar esas palabras tan sabias. Pensó que esa niña ojerosa estaría habitada por sombríos fantasmas de culpa, por pavorosas imágenes que de algún modo le recordaban su infancia, por inquietantes deseos ocultándose en el fondo de sí misma, acaso robándole

unas horas al sueño en el duro camastro del convento, donde Sor Juana Rosa había iniciado el camino de la santidad. Pensó que esas blancas, ondulantes muselinas le daban un aspecto de ángel armonioso. Pensó que esa niña aparentemente frágil poseía el resplandor de los alucinados. Pasó finalmente su mano regordeta por la cabeza de la Santa. Después el canónigo torció el labio inferior con un mohín de fastidio, porque ahora ya no podía enjuiciarla con las habituales ceremonias. En cuanto la vio aparecer junto a Fray Augusto, tras los cortinajes, tuvo miedo de sí mismo. Un tibio sudor lo recorrió. Reprimió una lágrima al ver ese cuerpo volátil, escuálido como un pececillo venenoso, inclinándose a sus pies, lamiendo con frenesí el piso, atacado de fuertes temblores. Dominado por la mirada luminosa, por las pestañas que parecían rizarse sobre los párpados, por la escasa luz que había en el salón, por las siluetas que parecían navegar en la niebla de los espejos, como si algo corrompido se ocultase tras los muros encalados, o en las mesas de mármol, abrumado por un súbito terror el canónigo Hurtado exigió que lo dejaran solo con la Santa. Mientras tanto Sor Juana Rosa había empezado a refregar sus labios contra los hierros claveteados del piso. El canónigo pudo escuchar su agitada respiración al mismo tiempo que contemplaba un oscuro retrato de la Virgen, alzándose con liviandad rodeada por un tumulto de angelillos gordinflones. Pasó otra vez las manos por los cabellos de la Santa —rosa marchita sus labios sensuales— demorándose con intención en cada espacio abierto, en cada recoveco de ese cuerpo volátil, mientras el milagro iba penetrando poco a poco sus entrañas, su lengua pastosa. Demorándose con suaves caricias en el cuello —Sor Juana Rosa llegarás al reino de

las flores—, el canónigo advirtió que un tropel de angelillos saltaba del cuadro, acometiéndolo furiosamente con alas de plata, amotinados en torno a su cabeza. Demorábase en repetir esas palabras que sonaron —Sor Juana Rosa llegarás al reino de las flores— como campanillas en sus oídos. El canónigo perdió noción del tiempo, sintió que su respiración se agitaba, crecía entre gritos de júbilo o dolor, gemía como un ahogado en medio de ese recinto, ahora soltaba aullidos atroces, desesperantes, mientras la pléyade de angelitos, frenéticos y rabiosos, mordía con afilados dientes las orejas del canónigo —un pie desnudo rodaba libremente por allí— provocándole secretos embelesos que ningún salmón a la brasa, ninguna corvina en salsa blanca, le habían proporcionado hasta entonces. De súbito, el canónigo se quedó mudo, desconcertado al comprobar con horror teológico que un espejo traicionaba su imagen ceremonial: una mitra congestionada, babeante, pletórica, se alzaba como un enorme champignon provenzal a punto de reventar entre las piernas peludas del canónigo. Mientras Sor Juana Rosa repetía con una voz ahogada por la lujuria, temblando como una perra desesperada, repetía lamiéndolo con voracidad que no podía dormir al sentirlo tan próximo, pájaros azules que un día la maltratarán, reyes que un día morirán sofocados en la baba en sus tripas. Una serpiente ascendía por su mitra erecta, pero el canónigo descartó esa imagen para su tranquilidad. En tanto los labios sensuales y carnosos de Sor Juana Rosa avanzaban lentamente por esos calzones con volantes de encaje, por esas honduras con aromas de queso, por esas cerdas ahora relamidas, por esa piel que acumulaba cebo en sus junturas. Unos labios virtuosos —Sor Juana Rosa

llegarás al reino de las flores— ascendían serpenteando las intimidades del canónigo, cuyo aullido final irrumpió como espuma de ángel en medio de la penumbra —Sor Juana Rosa llegarás...— para luego volcarse como un salivazo sobre el rostro ojeroso de la niña, resplandeciente ahora. Tiempo después, poniéndose de pie miró con regocijo al canónigo que cabeceaba consumido sin duda por sus pasiones chamuscadas. Pensó el canónigo que afuera estarían los fieles aguardando su veredicto para aclamar a esa niña con hondas ojeras y cintas de seda, jacintos y timbales danzando en el centro de la plaza. Pensó que era una bella rosa marchita del pecado, abotonándose la sotana poco antes de lanzar hacia la plaza un pedazo del vestido blanco que Sor Juana Rosa acababa de donar como reliquia a la ciudad.

ANGELOTE, AMOR MÍO

Me satisface que mi memoria desaparezca de la memoria de los hombres.

MARQUÉS DE SADE

Angelote, amor mío, ayer cuando contemplé tu rostro espolvoreado de arroz, tu rostro de payaso angelical, lívido dentro del ataúd, no tuve ánimo para nada. Menos todavía para llorar a tus pies, Jacinto, mi vida, menos todavía... Con ojos atentos tu parentela seguía cada uno de mis pasos. Una vez más aparecía la mentira, el engaño, la hipocresía de todos ellos limpiando sus lágrimas con pañuelitos de seda. Pero a ti, que el sentido de la historia te pasó por la entrepierna, ¿qué más daba? Ahora eres Angelón de retablo, eres un poco de historia en la ciudad. Pero ya no eres el agujijón que fuiste, Demonio de Ángel. Pues has resultado traidor a pesar tuyo. A causa de eso no pude depositar unas violetas a tus pies. Ni unos nardos que ornamentaran tu frente en mi recuerdo. Ni una rosa que manchara tu vestido de novia. Ni una pobre azucena. Después, todo ocurrió de otra manera. Ángel con arreboles de puta, me da pena que esté penando tu pene en manos de la Petrona. Demonio que has perdido definitivamente tu trompeta. ¿Qué más te daba? Un ángel se rompió en mil pedazos al nacer tu desdicha, un ángel guardián de tu pobre infancia. Yo sé que entonces alimentabas tu curiosidad palpando el ojo moreno de un adolescente, el anillo encantado, allí donde más tarde habrías de repasar día a día tu lengua maligna. Arcángel anal,

ojo de Dios persignando tus vicios. ¿Qué más te daba? Has sido la Diabla en los abismos de la Alameda en esas noches donde aparece un hombre muerto a puntapiés, en el inerno de esta ciudad conventual. Has sido máquina de cardar tu lana sodomita, tu lengua mordaz en mi cuerpo. Ahora, en cambio eres Ángel de luz, ángel de tercera, pues navegas suavemente entre ores de seda como las novias de Chagall, mientras tu funeral prosigue con ritmo de adoración. No, Angelote, no fui capaz de poner esas violetas a tus pies. Demasiada gente había sollozado, repitiendo sin cesar, que mejor era así. Mejor que fueras bestia, pero no pecador. ¿Por qué disimular, si toda tu vida no has sido más que un motivo de escándalo para ellos? ¿Por qué inquietarse, si nunca tendrán el valor su ciente para vomitar sobre tu tumba? Por más que quieran hacer de ti un Ángel, un San Sebastián o lo que sea, no lo lograrán jamás. Pienso que ganaste la partida, aunque no es así. El viejo Castañeda, cuyo cinismo era bien conocido en el vestíbulo del hotel Majestic, comentó a mi lado: «Pobre Jacinto, era maricón, pero un maricón con mucha clase. Eso nos hace falta para diferenciarnos de los otros, mucha clase en todo...». Pero al advertir la mirada desa ante de tu hermana, pre rió guardar sus comentarios acomodándose un monóculo en sus ojos diminutos. Pasó un ángel tropezando, brevemente, con esa luz grisácea que iluminaba el salón. De repente estalló un resplandor lunar: los relojes musicales, las condecoraciones en el interior de un chinero, los pescados de plata encima de la mesa, los libros empastados en cuero estallaron a su vez con el paso de aquel ángel de luz a través de los cristales. Parecía tu cuerpo un inventario de baratijas, un inventario de fantasías que Petrona ha decorado con determinación de cocine-

ra. Recostado entre lunas de papel cromado, tenías una ridícula actitud de espera, esperando esa santidad que únicamente el amor de la Petrona ha sabido ofrecerte. Demonio de Ángel, has muerto como debías morir, pervertiendo colegiales en un cine de barrio. Retazo de Ángel, has muerto vomitando sangre sobre el regazo de un adolescente. ¿Buscabas a Dios en el pantalón mugriento de quien te apuñaló? No puedo creer, Angelote, pues la idea de Dios era la única idea que no podías perdonar a los hombres.

Ayer vi tu rostro angelical en la mitad del ataúd, confundándose en la penumbra del salón con todos esos santos demasiado bellos para ser santos. Demasiado insolentes, agresivos en sus marcos de pan de oro, como la numismática de tus parientes: eran más Demonios que Santos. Destripaban tu funeral con ojos de codicia. Deliraban asaltando tus propiedades a cada instante. Rostros complacientes lujuriosos que parecían brotar del interior de una catedral. De la Compañía bañada en oro, tu compañía pervirtiéndose mediante dudosos artificios. Un arcángel mostraba su sexo a punto de reventar: acólito como yo en noches de hambruna. Del pecho de un San Sebastián se abrían cavernas, recintos sangrantes donde acomodar un falo, donde repasar una piedra pómez, donde inventar el dedo a Dios luego de cada espasmo de placer que yo recibía con tu gracia divina. Demonio de Ángel, has convertido tu muerte en una santería trivial, sodomita empedernido en París o Río de Janeiro, patrono de las tinieblas, has hecho de tu vida una reliquia de vicios. ¿Qué más te da, si desde las repisas los santos te vigilan con lágrimas vidriosas? ¿Qué más te da, si estás muerto? Ah, la vida no puede ser sólo recuerdos. Pero desde el paraíso de mis recuerdos, esos

santos aparecen vagamente recortados en la oscuridad. Aparece entre la niebla el rostro de un ángel exterminador, dominando los sueños de tu infancia. Desaparece con la bruma el rostro de una virgen prudente, mientras tú estás a punto de derramar con premura de niño maldito el fruto de tu placer. Aparece en sueños el rostro de un efebo que alguna vez te cautivara con su hermosura. Desaparecen en el recuerdo ciertos rostros bailando al compás de las sombras en el carnaval de los espejos. De golpe apareces tú, Ángel violador, tú que nunca lograste penetrar en los recovecos de la miseria ya que siempre hubo un amorcillo hambriento, un querubín desolado que te agelara, que mi pene por ando entrara y empujase con furia tu ojo vital, tu estrella de anís en tu ano lunar, tu rosa de los vientos con aromas de pedos, tu brújula pidiendo, exigiendo, clamando a gritos por una torre mayor en los atrios de los conventos, en los baños públicos, en los zaguanes húmedos del centro, en los parques, en las escribanías, en esos hoteluchos que sinduda frecuentabas portando bastón, sombrero y bufanda de seda blanca para resguardarte de las miradas indiscretas.

Angelote, amor mío, te han engañado. Pues así te querían ver tus parientes. Reducido a ser el mascarón será co de un catafalco. Por fin respirarán esos diplomáticos panzones que frecuentaban tu casa, esos ministros enloquecidos por la alquimia del poder, esos señorones de blasón y brillantina que tú tanto abominabas. Respirarán satisfechos los periodistas. Ya no causarás más escándalos. Ya no serás el vicioso de San Juan en noches de lluvia. Ya no podrás sublevarte, ni aullar ante el retrato de tu madre. Respirarán aliviados tus deudos. Angelote, amor mío, estás muerto. Pero yo jamás olvidaré el magnético olor de tu semen perlando el ros-

tro de los santos como si fueran lágrimas, al contrario, siempre te estremecerás buscando en mi mano lo más recóndito de ti, dos en uno como las muñecas rusas. Yo prolongaré tu vida con la tempestad de mi orgasmo, Angelote. No morirás en mi recuerdo, ni tampoco te perdonaré jamás. Yo derramaré, con abundancia de carnicero, vapores de sangre sobre tu espalda, buscaré tus muslos en mi soledad amarga, purgarán tus ancas mi venganza cada vez que mis uñas se claven como mariposas en los sueños que acechan y doblegan mi vida actual. Crecerás arqueándote bajo mi cuerpo, crecerá mi rencor al evocar tu pene portentoso, tu abundancia regándose sobre mis textos de anatomía, desoyendo mis inquietudes porque a ti igual te daba si estudiaba o no, si me alcanzaba la plata para la pensión, pero sin duda creceremos juntos, Angelote. Yo soy tu el servidor, aunque tus parientes maldigan mi presencia. ¿Qué puedo hacer, Angelote? Ellos sólo se merecen mi desprecio. Yo ahora soy un hombre tranquilo, solitario, que fuma en medio de la noche. Soy un hombre cansado que se ha visto obligado a cruzar la ciudad con un ramo de violetas, para rendir homenaje a tu familia. ¿Qué puedo hacer, Angelote? Yo también voy envejeciendo con mis pantuflas rotas, sin una familia que quiera aceptarme tal como soy. Recordar no cuesta nada, ni siquiera una taza de café. Durante todos estos años he ido atesorando una gran variedad de tijeras, navajas de peluquero, pinzas de plata vieja, jeringas de diversos tamaños, tinajas donde abunda la sangraza, sangría suelta envuelta en humores, coágulos de vida, secreciones que se han ido fermentando en los bajos de mi casa. Atesoro a mi lado moscas de carne, moscas de leche, moscas de agua en bene cio de los otros: moscas que zumban de vez en cuando en

mi cabeza con pálpitos de muerte tierna. Desgarro cada mañana el mundo con mis manos, con mis tenazas, con mis tijeras: no escucho, no deseo escuchar los gemidos ni el dolor de esas mujeres, aunque a menudo me recuerdan tus gemidos, tus aullidos ante el retrato de tu madre. Doy a luz cadáveres en las tinieblas del sótano, mientras afuera la ciudad se incendia de turquesas. De color rubí sobre el campanario de las iglesias. De amarillos damasco que revientan sobre el cuerpo de los muros...

Debí empezar desde abajo, desde bien abajo. ¿Qué puedo hacer, después de haberte conocido, Angelote? Maldigo la hora en que leí tu anuncio en el periódico: «Se busca secretario joven, medianamente culto, capaz de ordenar una biblioteca». Debí comenzar desde abajo, ordenando tu vida. Soporté con paciencia de pobretón tus embestidas, tus chantajes a costa de mis estudios, tus lloriqueos de ángel suplicándome perdón. Ahora, doy a luz muñecos gelatinosos que parecen salidos de las llagas de tus santos. Por lo demás, soy tu diario íntimo: la fantasía guarda una verdad que es incompatible con la razón. Pero tu fantasía se limitó a causar estragos, nada más. Acumulabas tantas pretensiones. Soñabas con ponerlo todo en palabras, tú que nunca lograste poner dos palabras juntas sobre el papel, ni trazar una línea, un dibujo que habría sido tu deseo más secreto, puesto que sólo sabías trazar, destrozar tu verga voraz sobre mi cuerpo. Ahora tus parientes conspiran contra tu rabia, contra tu falta de memoria. Desear al bien fue siempre tu billar, tu ruleta rusa, tu rey de oros. Preferías el desgarramiento a la monotonía que ellos reclamaban para ti. Célebre se hizo tu apartamento en San Juan. Célebres fueron tus pomadas con olor a semen de elefante, tus películas que traías después de cada viaje, tus látigos de

soga, tus penes rematados en cornucopia de puercoespín, tus espuelas con las cuales pretendías dominar al mundo, tu inmenso crucifijo donde alternabas el papel de centurión con ese cuadro espantoso del Cristo de las Penurias. Demonio de Ángel yo pagué el precio de tu ardiente fantasía. Allí pasé a ser lo que soy: un medicucho que explora, día a día, la vagina de tus vírgenes. Desangrar vírgenes ha sido mi ocupación durante años. De tu hermosa Virgen del Quinche, aborreceré cada día más el cuerno sin raíz en el que asienta sucastidad. Al diablo con la castidad, pues la castidad la hago yo con mis tenazas. Aborrezco los prostíbulos con olor a sacristía, las iglesias con ambiente de prostíbulo. De tu misteriosa Virgen del Dedo, aborreceré siempre aquel gesto obsceno que parece ocultarse tras las sedas de su manto celestial. De esta Virgen sensual, provocativa, sólo me queda la imagen de sus grandes senos ocultando un corazón de vidrio rojo. Un corazón donde tus parientes, año tras año, refriegan tontamente sus penurias. De tu agresiva Virgen de la Ciudad, aborreceré toda mi vida esa capacidad de disolverse como un arcángel en las sombras del callejón más cercano. Reina con alas de cemento durante el día, puta crepuscular que visita los bajos de mi casa a medianoche. Aborrezco a todas estas vírgenes que recorren la ciudad como fantasmas, exhibiendo sus impudicias, disimulando en pan de oro su condena madre. Apenas ha cesado la vida en sus entrañas, cuando ya comienzan a hilar las venas de sus vientres en silencio. No hay perdón, ni solución posible. De todas estas vírgenes, sin embargo, yo bebo la sangre que despiden, alimentando así la avidez de mi sótano con sus pozos pestilentes. De todas estas putas, de todas estas potrancas que habitan los altares de la ciudad, las

casas decentes como tú dirías, yo voy acumulando con sabor a muerte las monedas, los billetes, que justifican mi desgracia. Maldigo la hora en que te conocí, Angelote, pues ahí nació mi desgracia. Maldigo tu nefasta influencia, aunque ahora ya sea demasiado tarde. Maldigo el día en que, por primera vez, puse mis manos sobre el vientre de una mujer, puesto que esa mujer pudo haber sido mi madre.

De repente, Angelote, tuve la absoluta certeza del engaño. Certeza que luego se confirmaría. Ahora aparecías ante mis ojos como un triste bosquejo de ángel sin contornos, junto a los cirios que alumbraban con resplandor de alas tu ataúd forrado en terciopelo rojo. Ángel marchito en la penumbra, pero espíritu celestial después de todo. Ángel desplumado. Así te anunciabas como lo que nunca fuiste. Te han vencido utilizando a la Petrona. ¿Cómo no darme cuenta del engaño, Angelote? Petrona sin duda ha disminuido tu vanidad repasándote las cejas con carboncillo, poniéndote pétalos de geranio en tus mejillas, añadiendo trozos de espejo a las paredes del ataúd. Polvos de arroz que borran tu pasado. Despedías además un olor a incienso, olíbano o papel de armenia que un brasero lentamente consumía a tus pies. Despedías un olor a muerto fino. Digas tú lo que quieras, no puedo continuar aquí. Borrador de Ángel en tu esplendoroso catafalco, lágrima en mi recuerdo. Comprendí entonces que mis ores carecían de lugar en ese jardín que la Petrona ha sembrado a tu alrededor. Daba mala espina verte así. Daba ganas de soplar aquel aire caliente que rondaba en la habitación como si fuera ceniza. Bosquejo de Ángel mortificado por la piedad de colorete: eso eras, Jacinto mi vida. Daba pena, mucha pena... Para tu parentela ya no serás más el te-

mible Jacinto, ni el niño Jacinto a los ojos de la Petrona, sino que por n habrás alcanzado un sitio privilegiado en ese paraíso de santos que adornan las paredes de tu casa. Disfrazado, has sido derrotado una vez más. De ahí tu horror por las máscaras. Años atrás ya te había disfrazado tu madre de Pez Doncella, para que bailaras con fragilidad de cristal tallado ante sus invitados de la Rue du Cirque, o en la casa del centro, mientras tú seguías elevándote al compás del piano, al tiempo que escuchabas, muerto de humillación, numerosos aplausos de quienes fingían complacer los deseos de tu madre. Disfrazado durante toda tu infancia, a causa de una hermanita muerta, tú pronto habrías de entender que detrás de cada rostro hay una máscara, un antifaz de padrastro trans gurándose en demonio, un futuro maricón en cada niño. Entonces, ¿qué más te daba profanar el retrato de tu madre? Pues hacía tiempo que tú habías sido profanado. Una noche me dijiste tambaleándote en la escalera, vamos Julián, vamos a rezar ante la Dolorosa del Colegio. Después de esa jornada, sospeché tu rencor largamente acumulado. Aprendí tantas cosas contigo, Angelote... Aprendí a ser canalla. Recuerdo que dibujabas cuerpos en el aire con tus manos, pero sobre todo querías rezar un momentito...

Pusiste el retrato de tu madre encima del cuadro de la Dolorosa, mientras te arrodillabas con una suplicante actitud, gritándome al mismo tiempo: vamos Julián y entonces te bajaste los pantalones, escupiendo a tu madre que te miraba con ojos cálidos desde la plaza de la Concorde en una vieja, amarillenta fotografía, que decía para mi Jacinto adorado, su dolorosa madre y entonces comenzaron tus rabiosos gemidos. Pedías con voz a ebrada, estertórea, mi vida, escupiendo siempre,

lanzando salivazos al retrato de tu madre. Pedías que te consumiera por detrás en dudosa concepción. Pedías que soltara amarras, reclamabas peinando mi pene que te matara. De pronto, cuando seguía arqueando mi cuerpo, mortificando mi faca al cinto de tu estrecho Magallanes, enloquecidos los dos en un abrazo blasfemo, entrando muy lentamente, mientras hundía aún más mi campanilla en tu altísimo campanario, descubrí en los albores de mi agonía que también era la tuya, descubrí tus manos gesticulando, componiendo lágrimas que rodaban como perlas. Rodaron perlas mozas, perlas negras por las mejillas de la Dolorosa. Rodaron esas perlas cumpliéndose el milagro. Después no recuerdo nada. Dejé de pensar un momento. Dejé de ser yo mismo, cuando caíste al suelo, Angelote. Después sufrí varios días el ataque de tus condenadas burlas, llamándome cándido, llamándome milagrero que descubre milagros en estampas de papel. ¿Ocurrió así, Angelote? Contar es una forma de abortar cada mañana palabras, abundantes palabras, si es que las palabras se dejaran abortar con un simple tajo de bisturí. ¿Será cierto, Angelote? A lo mejor mi memoria espejo reproduce mal los acontecimientos, tu rostro beatífico, ahora que ya estás muerto. Tal vez mi memoria imagen avanza como un río siempre en movimiento, sin voluntad para atrapar el paso del agua, no al agua misma con mis manos. ¿Será por eso, Angelote, que mi memoria tiempo envilece, enaltece y nalmente esclaviza tus palabras, tus palabras que no serán más? Yo soy tu el servidor, pero no estoy seguro de que sea tu el contador. Contar es una acrobacia que, seguramente, está fuera de mi alcance. ¿Qué más puedo decirte? Angelote, amor mío, ayer al contemplar tu rostro espolvoreado de arroz deposité al n mis violetas

a tus pies, después de tantas horas de espera. Deposité las ores vacilando a cada paso, mientras a mi espalda se deslizaban los criados portando bandejas de plata con aromas de café recién tostado. Al caminar removían a su paso el aire tibio de la habitación. Removían el azúcar con cucharillas de plata antes de servir el café. Entonces tu hermana se apartó del viejo Castañeda, esbozando un rápido, huidizo gesto en el aire. Con pasos menudos vino caminando hasta el ataúd. Dieron las cinco en el reloj de pared. Cantó un gallo en algún patio cercano. Prendió el viejo Castañeda su pipa, cuya fragancia de pinos me recordó a los bosques que crecen en los páramos. Así todo se tornaba humo de espejo que el atardecer llenaba de luto, con olor a incienso venido en remolinos de seda bajo los vestidos, condolencias repetidas a coro. Ángel de humo flotante. Bruma de Ángel que te has disuelto en la memoria de la ciudad. A mi lado estaba tu hermana. Procuraba darme a entender, tras un rebozo que cubría a medias su rostro, entornando altivamente los ojos, que aún subsistían los viejos rencores. Yo seguía representando el peor de los canallas. Luego, adoptando una sospechosa actitud, como si quisiera apartarme del resto de la gente, me entregó sin decir nada un paquete envuelto en papel de seda. ¿Qué podía hacer, Angelote? Decidí salir antes que la noche cayera como un murciélago. Atravesé postigos, portones de madera agrietada con el trajín cotidiano, enrejados cuyo bordado en hierro era similar al recamado, patios con fragancia de limón, corredores largos, profundos, negros como un interminable corredor que la ciudad conformaba ahí afuera. Recibí el viento en mi cara, la llovizna que se desmenuzaba en los tejados, en el pavimento, en los carros que pasaban a mi lado, como un alivio, casi con

alegría... Atrás quedas tú, Ángel de humo. Atrás ya eras un poco de recuerdo. Atravesé calles, plazas, avenidas desoladas. Avanzaba sin re exionar, tomando cualquier callejón en vez de seguir mi ruta ordinaria. Caminaba apresurado como si temiera perder el bus, el último bus, demorándome únicamente ante cada escaparate iluminado, ante el olor de las orinas, palpando a cada momento el paquete en mi bolsillo. Caminaba pegado a los muros, ensuciando mi traje, sospechando que al otro lado de la calle se encontraba el crimen, el ángel asesino que cambiaría el rumbo de mi vida. Penetré en una cantina, pedí una cerveza advirtiendo los ojos de rapiña con que me miraba el camarero. Pedí una tijera, un cuchillo loso, algo que cortara. Pedí que se callaran los borrachos, que me dejaran tranquilo mientras abría el paquete, mientras veía con horror esa patética carcajada desplomándose, dando un mordisco desarticulado, cayendo con ritmo de maracas tu dentadura en medio de la mesa, tu dentadura riendo a carcajadas durante la caída, acaso durante toda la vida. Pedí alguna vez una sonrisa de niño, un poco de ternura, me encontré a cambio con una carcajada de muerto en las palmas de mis manos.

Pero a ti ¿qué más te da, Angelote, si hasta la risa te quitaron?

MAMÍA LINDA

Antes la llamaban niña Mercedes, ahora solamente Mamía linda. Mamía linda era por todos conocida, incluso por los que nunca debieron conocerla, como fue el caso de Rosendo, durante aquel verano polvoriento y quizá trágico. Rosendo Sánchez la visitaba al atardecer, vistiendo casaca azul y sable al cinto, como soldado de plomo en texto de colegial. Pero en esa época hacía calor, mientras en el aire flotaba un vago olor a fruta podrida. Mamía linda sospechaba que la ciudad había adquirido el perfume de cualquier tiempo pasado fue mejor. Mamía linda prescindió durante años de los relojes en el palacete Castañeda. Rechazó el paso del tiempo. Rechazó las campanadas de relojes, cuyas manecillas ahora reposan en silencio, a la hora de la siesta. Así la ciudad perdió, definitivamente, el sentido del tiempo.

Cierta vez un fotógrafo disparó, desde la Alameda, su cámara de manga negra, transformando aquel recuadro en la perfecta esfinge de niña Mercedes vestida de seda rosa. Así quedaría atrapada para siempre en un álbum de familia, apareciendo después en la memoria frágil de la gente. Antes la llamaban niña Mercedes con temor, ahora la denominaban simplemente Mamía linda con amor. Durante más de medio siglo, Mamía linda ha permanecido sentada en un sillón de terciopelo, es-

perando la noche y sus visitantes. Esperando la anunciación de la sirvienta: niña Mercedes, ya llegó el patrón Rosendo.

Después Mamía continuaba mirando, sin importarle demasiado, los candeleros de plata, las arañas del salón, el retablo empotrado en la pared y los retratos de familia. «Porque en esta ciudad siempre hubo un retrato de familia en cada casa —pensaba Mamía linda—, un retrato de hidalguía». Ahora ella ha seguido engordando sus muslos varicosos, sus tetas de fruta pecaminosa, sus mejillas rojizas. Mamía linda ha soportado pacientemente, y con ayuda de calmantes, un pasado intransferible y toda una vida que ella organizara alrededor de su lecho con toldo, cortinajes y flequillos de oro.

Mamía linda jamás participó en los sueños, en las pesadillas de pudor que parecían tener las damas de la ciudad, jamás ocultó el secreto placer de recibir cada noche a un nuevo caballero en su lecho de encajes. Ahora nadie sería capaz de reconocer a primera vista a la niña Mercedes, todavía colmada de vestidos traídos expresamente de París, de cintas enredándose en su pelo. Un buen día no volvió a pasear entre los naranjos ni en los cuatro patios del palacete. Eran cuatro mundos a descubrir. Ella se sentaba a esperar, abanicando el calor de la tarde y alejando el temor de la espera. Pero el joven Rosendo Sánchez siempre fue puntual, hasta que dejó de serlo desapareciendo de su vida.

Una tarde Don José fue llamado al palacete Castañeda. Era un ruego, una piadosa orden de niña Mercedes. Rápidamente cruzó la calle, protegiéndose del sol de verano con un maletín de cuero negro, donde llevaba el formón y la cola de milano. En el interior no había nadie, salvo una multitud de santos tallados en madera.

Santos que lo contemplaban desde la pared, desde las urnas de cristal violáceo. Niña Mercedes también poseía su propia urna de cristal, su nido de espejos para contemplar el mundo. Los rostros sufrientes de los santos derramaban abundantes lagrimones de Batavia, lagrimones simulando una tenacidad dolorosa frente a la vida. Don José había adivinado esa fingida actitud de sufrimiento en el rostro ceroso de aquel inmenso Cristo, erecto como un tirano inquisidor sobre peana de oro y plata en los sombríos recovecos del salón. Rostro cuya santidad confeccionada en nogal agonizaba con la quietud de la tarde. Rostro cuya bajeza se revelaba en lo más hondo de su mirada. Apareció de repente niña Mercedes como si descendiera del cielo, por detrás de un biombo chino. Apareció envuelta tras un espiral de velos, con túnica celeste y ojos adormecidos ante el gesto respetuoso, más bien intranquilo de Don José el carpintero, cuya mirada a su vez no se desprendía un instante de los senos blanquísimos, inquietantes de niña Mercedes.

Resonó un impetuoso murmullo, una voz desgarrando el ambiente que repetía sin cesar tú eres Rosendo Sánchez, eres Rosendo Sánchez... A Don José se le quebraron las palabras en la garganta, aun antes de pronunciarlas. Aunque débilmente respondió soy Rosendo Sánchez, soy Rosendo... Esa noche fue Rosendo Sánchez, como tantas noches en que jubilosamente la abrazó, acarició sus senos y su cabellera desparramada como una serpiente. Debido a esa visita inicial, pronto hubo toda una multitud que golpeaba a la puerta del palacete, alterando el sueño apacible de los vecinos. Alterando el ritmo monótono de las costumbres. Entonces Mamía linda comenzó a envejecer, esperando que a la hora de la siesta apareciera el joven Rosendo Sánchez.

Pero a la hora de la siesta aparecía el sastre Cevallos, a fin de mostrarle unos modelos llegados ayer desde Roma. Aparecía el Doctor Cortina, pues había que tomarle la presión. Aparecía el mecánico Artemio, a fin de arreglar las tuberías... Después Mamía linda encontraba frecuentemente a su paso un instrumento o una jeringa goteante. Pronto la mansión se tornó obraje, mecánica o taller de carpintero, debido a la presencia constante de tijeras, agujas, retazos de tela y trozos de alambre, martillos, tenazas y sierras afiladas que tanto había temido niña Mercedes, aunque ahora Mamía linda las reclamaba aullando a mitad de la noche.

De vez en cuando Don José volvía a cruzar la calle. Por esos días era corriente tropezar con Mamía linda revolcándose en el piso, respirando dificultosamente. De vez en cuando despedía un eructo que hinchaba su rostro. Lloraba a gritos, aunque sus alaridos no inquietaban a nadie, lloraba con el rostro congestionado por un viejo rencor y entonces Don José escuchaba, permaneciendo ajeno a las palabras y al primer recuerdo que ella conservara del pasado. Escuchaba Don José sin inmutarse: azótame Rosendo, llágame Rosendo, purifícame Rosendo. Entonces era corriente que la tranquilizara, pasando su mano por el vientre, por los senos desprovistos de savia y por los pelos oxigenados. De vez en cuando cruzaba la calle para transformar el cuerpo de Mamía linda en un campo de moretones. Antes la llamaban niña Mercedes, ahora la turba la denomina Mamía linda para gozar humillándola.

Entonces Mamía linda inició su lenta, degradante agonía. Desde hacía tiempo que se consumía en la soledad de su lecho, acompañada únicamente por los serafines en vuelo que sostenían el damasco, las sedas

cuyo tono se había vuelto borroso. Mamía linda inició su lenta agonía después del fracaso del Doctor Cortina. Desde hacía una semana que permanecía con los ojos vidriosos, mirando fijamente la penumbra del cuarto y escuchando sin extrañarse los ruidos que provenían de la calle, de la ciudad que seguía latiendo a pesar suyo. Cubierta de mantas que apenas si ocultaban su cuerpo llagado de chancros, brotando a cada momento una pus hedionda, bajo los sobacos consumidos por la fiebre o detrás de la nuca, dejando adivinar una profusa calvicie, cubierta de mantas, respiraba convulsivamente. Mamía linda escuchó las palabras de la criada, pero prefirió olvidarlas... Aumentó la fiebre con sudores de parto, aumentó su lucidez con sudores de muerte. Mamía linda dibujó un gesto en el aire, reclamando agua. Resoplando como asmática. Una mano de uñas resquebrajadas, mugrientas, surgió por debajo de las sábanas. La sirvienta se limitó a rezar cerca de la cama, repasando un rosario entre los dedos. Mamía linda inició su agonía pidiendo otra vez agua. Pesadas gotas de sudor surcaban su frente, las lágrimas recorrían sus mejillas. Afuera estaba la ciudad, afuera continuaba ofreciéndose la lotería. Moviéndose la cabeza hacia la pared, sin ánimos para soportar la luz de la tarde. Un resplandor cobrizo se coló a través de la ventana. En algún momento creyó deslizarse por un largo callejón del palacete. La ramas de los cipreses llegaban hasta la ventana de su dormitorio. La sirvienta se inclinó, disimulando mal su asco. Comentó a regañadientes: el patrón Rosendo ha venido, y entonces Mamía linda realizó su último, desesperado esfuerzo con la vida. Pestañó sin emoción, fijando su mirada de rechazo en aquel rostro alumbrado por los cirios. Escuchó una voz ronca, incitándola a rezar tened piedad de los mo-

ribundos, tened piedad Jesús mío. Mamía linda guardó silencio. Una vez más el capellán se esforzaba en repetir las mismas palabras, pero Mamía linda alcanzó a decir entre murmullos: no Rosendo, tú no vengas como fraile, porque eres mi pasado y mi niño hermoso. Mi niño hermoso, Rosendo...

RECUERDOS EN EL FONDO DE UN ESPEJO

• Por que volví? Después de permanecer casi veinte años alejado de esta ciudad, resulta inaudito comprobar que los jacarandás siguen cabeceando, en el mismo lugar, como achacosos obispos junto al río... Resulta grato poder admirarlos con los mismos zarcillos color lila colgando de sus ramas. Al contrario de lo que yo temía, los árboles han crecido en mi recuerdo con aromas de aguacero, aumentando mi nostalgia por la lluvia, han crecido impetuosamente. En tanto que los calzonarios de reina usados por tía Esther se han ido transformando en una mariposa amarilla, en un vidrio roto, en retazos de memoria agitándose junto a las llamas de un cirio. Avanzo con dificultad por esta ciudad que ahora me resulta tan extraña. Advierto que los tejados se insinúan como una catedral salvaje al otro lado del río. Apresuro el paso cargando la misma maleta con la que partí. Desde abajo, los sauces parecen extender su sombra con la agitación del viento. Advierto que estoy fatigado antes de subir la pendiente. ¿Por qué he vuelto entonces a esta ciudad tan lejana en mi recuerdo? Quizás ha sido a causa de los jacarandás, de sus puentes, de los muros que se inclinan piadosamente hacia las aguas del río. De esa corriente que arrastra las hojas marchitas al otro extremo de la ciudad. Quizás he retornado para un día escribir en mi diario: «En el fondo de un espejo

se quebrará una mirada intensamente azul, la muerte aparecerá tras la Cruz del Vado, pero yo no tendré el valor suficiente para mirar hacia el río...»

Asciendo por las escalinatas que me conducirán hasta la casa de tío Reynaldo. Durante el trayecto voy descubriendo, sin asombro, que la ciudad ha crecido como un alacrán en dirección a los cerros que la circundan. ¿Por qué volví? Acaso para soñar bajo el mismo capulí de mi infancia, tal vez para renovar en mi recuerdo el suave olor de la menta en un recodo del jardín. Acaso para recorrer el patio donde tía Esther se bañaba a mediodía, exhibiendo unos muslos que entonces me parecían dignos de conmover mis sueños, de consumir mi vida bajo el capulí, mordiendo la punta encarnada de sus senos, acechando con locura el rítmico contorno de sus caderas. Así se convirtieron mis primeras impresiones, mis atormentados recuerdos en una diabólica mariposa que agitaba sus alas contra mi sexo. Así nacieron mis aberraciones cuando yo avizoraba, desde el árbol más cercano, la boca de tía Esther mordiendo como una fruta jugosa el sexo de tío Reynaldo. Desnuda en la mitad del patio, tía Esther desconocía la avidez con que yo la deseaba. Desconocía los impulsos de muerte que luego cautivarían mi vida, mi vehemencia frente a su desnudez, aunque hoy día su recuerdo se haya extinguido. Mientras que ahora la imagen de tío Reynaldo me aprisiona con una mezcla de dolor y ansiedad, cada vez que la recuerdo. El tiempo es un pantano en donde todos nos vamos hundiendo. Por eso me doy cuenta de que dentro de la casa nada ha cambiado: los ilustres retratos de familia todavía acechan a mi alrededor con rostro grave, desdeñoso, terrible, ejerciendo un curioso magnetismo sobre mí. Allí están las escaleras de caracol

que pronto me llevarán al cuarto de arriba, donde tío Reynaldo envejece dolorosamente con una pistola a su lado, soplando regularmente el polvillo del tambor, ya que en cualquier momento podría aparecer la figura del General Eloy Alfaro tras el marco de la puerta. Al cabo de una larga espera, mientras prendo un cigarrillo, la criada me advierte con temor: «Dice el patrón Reynaldo que mañana le atenderá. Dice que ahora hay tropas junto al río...». Ya nada me sorprende en este viejo case-rón, pues toda su vida el tío Reynaldo ha esperado con pavor la llegada del General.

Al cabo de veinte años, los retratos, los acuarios que en su interior almacenan peces —un pez gatillo disparando lunares a cada movimiento y un pez linterna iluminándose a sí mismo—, los vasos de cristal soplado, las porcelanas de Limoges, los abanicos abriéndose como una mariposa en el fondo de un chinero, resultan una aventura dolorosa en mi recuerdo. Resultan una herida que aún no ha sido cicatrizada. Veinte años es un tiempo considerable para olvidar los desatinos del tío Reynaldo. Pero aquí, sin embargo, no ha ocurrido nada. Pienso que el tiempo se ha vuelto un sofocante enredo-so callejón sin salida para los habitantes de esta ciudad. Pienso que algún día se quebrará una mirada intensamente azul en el fondo de un espejo. ¿Por qué volví a esta ciudad? Sin duda es un enigma que está fuera de mi comprensión. Por el momento ojalá pudiera cerrar los ojos, conciliar el sueño y olvidar al caudaloso río que avanza bajo las paredes húmedas de esta habitación. De esta caverna infame, inhóspita, donde los ratones anidan con absoluta libertad en los armarios, tras los cortinajes, bajo el tocador de tía Esther, en los cajones de una cómoda. Me aprisiona la imagen de tío Reynaldo, pero

no tengo el valor para rechazarla. A mi lado corretean los ratones, mordisqueando a su paso los almohadones de un sofá, ocultando sus ojillos entre mis zapatos. De nuevo aparece esa imagen suspendida como una fijación en el pasado. De nuevo aparece entre sueños el tío Reynaldo quemando gallinas, rociándolas con gasolina. Durante muchos años el tío Reynaldo nos hizo temblar con sus juegos pirotécnicos, acompañando su locura con fuertes carcajadas, adivinando que eso le producía horror a tía Esther. Durante muchos años creí que el arco iris era una pluma en llamas.

¿Por qué volví a esta ciudad con sabor a muerte? Yo mismo no lo sabría explicar. Acaso porque me dejé llevar por el primer impulso, desconociendo lo que vendría más tarde, cuando leí esa fatídica carta de tío Reynaldo: «Odio el mar por su palpitante voracidad, el aire frío de las montañas, el tañido de las campanas... Odio las aguas del río, odio sus puentes. Odio esta raza de enanos que habitan la ciudad, odio a los hombres porque no significan nada para mí... Odio a las lavanderas que sacuden sus ropas junto al río, odio a las rosas porque me producen náuseas... Odio a mis antepasados que no hicieron otra cosa que engendrar monstruos». ¿Por qué volví, entonces? Acaso para un día escribir en el fondo de un espejo que quebrará una mirada intensamente azul. Acaso porque todos los días caminaba borracho pensando en mi ciudad, sospechando que sus jacarandás ya estarían en flor. Acaso porque en mi mano ya estaba trazado el retorno. Doy vueltas buscando un cigarrillo. Advierto que afuera amanece y que todo se desvanecerá con la bruma. Y en breves segundos se tornará azul el cielo. Y entonces seré yo mismo frente a la ciudad. Pero finalmente desearía descifrar, asomado a

la ventana, el murmullo del río. Su caudal creciendo allí abajo con remolinos de lodo y piedras. Desearía descifrar su lenguaje —y quizás el enigma de los espejos, olvidando así, por un momento, los presagios de muerte que todo río lleva consigo. Desciendo al comedor fro-tándome las manos. De repente, mientras me arreglo el cabello, un espejo me devuelve el rostro desfigurado de tío Reynaldo, escucho un balazo con tal fuerza que los santos parpadean febrilmente. De un San Antonio salta un ojo de vidrio desparramándose en mil pedazos sobre el piso. Retumba el balazo como un látigo en manos de un domador. Comprendo al fin que todo espejo roto es un río, es también un sueño de venganza que tío Reynaldo no cumplirá ni llevará a cabo jamás porque su mirada se ha quebrado.

¿Para qué volví, entonces? Acaso para comprobar con horror que los espejos son la memoria de la muerte.

ROLDÁN EL MISTERIOSO

1

Una soleada mañana de mayo el capitán Romero se dirigió a los altos del Batán con el propósito de recoger por allí —en una de las tantas calles mal trazadas y torpemente apretadas entre los muslos de la ciudad— a un hombre muy especial, según le informaron, y cuyo apellido desconocía. La avenida dibujaba una suave pendiente antes de desembocar en un parque flanqueado con árboles de molle, palmeras reales y cipreses. Dos meses atrás Romero había tenido que ir por aquel barrio, a causa de un asalto perpetrado a mano armada, sin mayores consecuencias, en una inmensa villa de aspecto suizo. Una de las tantas villas ubicadas en los altos del Batán. Otro era el motivo que ahora lo llevaba por allí. Romero conducía satisfecho de sí mismo, mirando fijamente por el retrovisor. Después de recorrer la larga avenida, tomó a la derecha. Un semáforo lo retuvo antes de emprender la subida. En la esquina, un vendedor esperaba con su carrito a la salida de un colegio. «Marihuana», pensó moviendo su cabeza hacia las montañas que recortaban al final de la calle. En el suelo, junto a una serie de maples que alargaban su sombra hasta los tejados, había restos de ladrillo y cemento. Subió por la pendiente, buscando la numeración. Finalmente detuvo el coche frente a una casa cercada por altísimas rejas. Desde fuera era difícil apreciar

el esplendor de aquel viejo caserón, aunque una gran variedad de árboles se alzaban disputándose allá en lo alto el rumor del viento.

Desde luego, el capitán Romero reconoció en seguida al hombre que se tambaleaba, como un borracho, tras las rejas del jardín. Por un instante pensó que no podía ser el mismo, el astuto soplón con quien frecuentaba ciertos sitios, lo guiaba por la ciudad, conseguía información de primera mano y nunca pagaba a las putas. Por esto le ascendieron en menos de un año, despertando la admiración entre sus superiores. «Dios primero, Roldán después», pensó alegrándose de verlo. Era nada menos que Roldán, el misterioso: un hombre maltrecho y medio paralítico, con el cual había compartido durante años el mismo gusto por las negras de la Colón. Ahora, sin embargo, una sombra de temor apareció en los ojos del capitán cuando lo vio parado, tras las rejas de aquel caserón situado en uno de los barrios más elegantes de la ciudad. «De modo que es cierto lo del Coronel, lo de la hacienda, lo de los caballos», pensó Romero. Recordaba haberle visto borracho la última vez, con una negra alta, bien formada, que irónicamente se llamaba Alba, por las intermediaciones de Guápulo. Una hembra muy cotizada, mañosa con los dedos, cuyo trasero se alzaba como una paila brillante en el centro de la pista de baile. Perdidos entre la fría niebla del amanecer, los hombres la miraban codiciosamente, resoplando un sucio deseo mientras ella se dejaba transportar con ojos alucinados por el compás sensual y bamboleante, un tanto exacerbado, que la música parecía imponer a su cuerpo sudoroso. Por un rato, Romero trató de olvidar esa noche fatal: el misterioso Roldán aparecía en su memoria columpiándose en las muletas como un pequeño

rey, desde un trono hecho a medida de su infamia, como si al desplazarse por aquel recinto arrastrara consigo un par de ataúdes huecos.

Por supuesto, Roldán también lo reconoció: era el mismo capitán con el que había vivido tantos hechos insólitos, o quizás banales según como se vieran las cosas, en la ciudad que entonces comenzaba a crecer como una mujer embarazada. Lo encontró más paciente, sudoroso, y sumiso que antes. Por esa época los dos recorrían juntos la ciudad, se ocultaban en una variedad de sitios al anochecer, aunque la actitud de Roldán (su rostro macizo, su mirada huidiza, sus ojos de expresión congelada, grisáceos, bajo el arco de las cejas y la boca siempre entreabierta en un gesto amargo, los labios desdenosos y babeantes) parecía cambiar ante cada situación, desentrañando así el corazón de la ciudad, su ininterrumpido murmullo, el estrépito de las cantinas casi ocultas entre la niebla y el frío, que ciertos hombres buscaban atenuar con unas copas de guarapo. Desde su trono, Roldán participaba con un silencio vigilante, burlón a ratos, pensando encontrar algo, quizás una respuesta o un remedio para su enfermiza soledad. Recorría todos aquellos burdeles con olor a sebo, orines y humedad que se esconden tras los pliegues del Panecillo, arrebatado por un entusiasmo casi criminal. Parecía desconocer la fatiga cuando amanecía junto al capitán. Después iba a parar en algún rincón de La Tola y, una vez instalado, pedía cuatro cervezas para sacarse los demonios de encima, el aroma a sexo y el rencor de los ojos, la mirada perdida... Entonces contaba cosas que nadie le creía, con un cigarrillo colgando de los labios. Contaba sueños que a nadie le importaban, menos aún al capitán: el perfil aguileño de su abuelo olisqueando cada mañana el aire

de un retrato, contaba Roldán con intensidad en la voz, y también contaba que los caballos galoparon desenfundados por el páramo, sonaron los cuernos reproduciendo ecos en el aire, y su abuelo que abría la marcha con los perros, y los patos que huían en bandadas hacia el norte para refugiarse en las porcelanas chinas del comedor, a medida que avanzaban los caballos y los perros en los gobelinos del salón, y otra vez su abuelo disparando, otra vez el olor de la pólvora mezclándose con el suave aroma de los pinos, otra vez el Coronel acuñando como una moneda en su memoria, otra vez la sangre de los patos salpicando la vajilla al caer con estrépito en el piso. Pero entonces Roldán ya estaba borracho. Más adelante frecuentaba otros sitios, más ocultos, donde una mujer seguía el porvenir en las manos, adivinaba el dolor en una taza de café o simplemente limpiaba los espíritus con el humo de su propio cigarrillo. Al final de la noche se hacía conducir por el capitán Romero — que ya se había convertido en su chofer particular— hacia cualquier sitio donde hubiese comida en la ciudad. Una vez instalado, Roldán pedía siempre lo mismo: un caldo de patas, cerveza y café tinto para ahogar el frío. Con frecuencia el capitán se quedaba dormido sobre la mesa. Dos meses atrás, en uno de estos sitios, Roldán tuvo la feliz idea de ornamentar el uniforme del capitán Romero como si fuera un auténtico chanco hornado. Roldán supo aprovechar bien la situación porque el capitán no pudo o no quiso resistirse y entonces la noche cedió paso al primer crepúsculo, allá en lo alto de las montañas, con el canto de los gallos.

Desde el fondo de la cantina Roldán lo vio mecerse encima de una batea, sonrió con un gesto divertido al verlo oscilando como un collar de zanahorias, flotando

entre remolinos de humo que ascendían en espiral hacia el techo, mientras un grupo de borrachos entusiastas lo empujaban hacia la puerta, un grupo de hombres cuyas carcajadas resonaron como aullidos de lobo en medio de la noche. El lejano rumor de la ciudad parecía diluirse con el ruido de las voces. De súbito el rostro de Roldán adquirió un aire festivo: el capitán Romero tenía sin un aspecto grasiento y obscuro de un enorme chanchito hormado. Poco antes de desplomarse, tuvo la visión confusa de un sueño conteniéndose dentro de otro sueño: una convulsión de líquidos verdosos, pestilentes, ácidos, estuvieron a punto de apagar la expresión idiota de su rostro. Pero lo último que alcanzó a oír, antes de caer en ese sueño, fue el incesante golpeteo de las muletas en el piso. Dijo algo que nadie escuchó. Desde la penumbra, Roldán miraba con fascinación las botas negras del capitán. En los últimos años había aprendido a conocer a la gente por sus zapatos, por su manera de caminar dentro de esos zapatos, por su aparente decisión o indecisión para elegir esos zapatos. Pensó que ninguna otra prenda de vestir posee esa fidelidad casi indignante con su dueño. «En tanto que las muletas... »

En la calle desierta poco antes del crimen, la escasa luz de un farol se confundía con el fango todavía reluciente del aguacero de aquella tarde. Roldán apretó los labios. Después miró con curiosidad el ritual mortecino que se desarrollaba a su lado: los ojos desencajados del capitán, el sudor que aún cubría su frente, los brazos colgando fuera de la batea, y los hombres que lo cargaban con ansiedad, esforzándose a todo lo largo de la habitación. Pudo verlo en la niebla dorada del amanecer con un atado de laurel sobre la cabeza calva. Roldán tuvo la seguridad de que se tambalearía junto a la

puerta, sin sufrir ninguna humillación, pero echando unas lágrimas de ajo al sentir el peso de una culpabilidad incierta, y a medida que los hombres avanzaban hacia la puerta, Roldán lo vio balanceándose en su recuerdo, balanceándose como si fuera el cuerpo menudo, vacilante del Coronel Juan Manuel Castañeda mientras agonizaba bajo las patas de su caballo (*Roldán, parálitico inmundo, ni siquiera mereces mi compasión, peor aún mi nombre, enano atravesado por la rabia, envenenado con el mismo aire que respiras. Roldán, vales menos que una potranca de tiro, menos que una mula cojenta, porque naciste sin alas para volar, enano*), y recordó a su abuelo con temor porque se había impuesto como un invencible conquistador en la Región del Valle, como un desolado jinete que galopa sin descanso al dorso de una moneda: el Coronel fue siempre una figura amenazadora a la que todos temían por la rapidez con que se desplazaba bajo la luz espectral de la luna. A causa de los caballos el Coronel galopaba y galopaba por el flanco de las montañas, buscando tierras y horizontes para tomarlos en posesión. El temor de Roldán se fue transformando en odio, repugnancia y asco hacia todo lo que tuviese relación con esos animales. Pero el Coronel no conocía otro mundo. De los hombres ya no esperaba nada, y carecían de lugar en su memoria. De ahí que, según él, un caballo valía más que un hombre. Porque un caballo galopa hacia lo desconocido. No razona ni responde, tan sólo debe obedecer, avanzar y morir hasta conquistar su meta: un caballo es la herradura del sol. Roldán no osaba contradecirle para no despertar su cólera. Mientras montaba un alazán hecho de crines, sudor y movimiento, el Coronel le preguntó en una ocasión: «¿Dime, enano, ¿no hay diferencias?», y señaló

con la fusta a un peón de la hacienda. Dio varias vueltas por el jardín. Dijo con voz provocativa alzándose en la montura: «Dios tomó un puñado de viento, sopló sobre él y creó el caballo para que los hombres pudiesen galopar junto al sol.» Luego dio otra vuelta mirando hacia las montañas. Y Roldán entonces se ocultó atemorizado detrás un matorral...

De pronto, Roldán empezó a dar órdenes sin mirar a nadie, sin dirigirse a nadie en particular, agitando los brazos como un hombre a punto de ahogarse, con los ojos chispeantes por la cólera, como si estuviera enamorado de su propia crueldad, como si detrás de cada una de sus palabras se ocultara, de algún modo, una secreta venganza contra la vida, contra los hombres, contra la historia, contra aquel indefenso capitán. Por cierto, recordó con horror a su abuelo llamándolo paralítico inmundo, enano incapaz de tomar una brida entre sus manos. Enano incapaz de distinguir entre un cambio de pie al tiempo de un galope recogido. Roldán le había confesado alguna vez, sin obtener ningún resultado, que sentía miedo de los caballos cuando relinchaban, que sentía aversión, que los detestaba porque galopaban con los pechos dilatados, y que él jamás sería un buen jinete. El Coronel había soltado una carcajada despectiva. Por un tiempo no le volvió a hablar. De repente, Roldán lanzó un grito asesino, al fin tenía cuatro patas al igual que los caballos de su abuelo, miró con los ojos abiertos en un espasmo el cuerpo del capitán desplomándose contra el piso, y entonces dijo con la boca cubierta de saliva, sin conmoverse ante la caída estrepitosa. Le dijo con una voz ahogada por la rabia: «De perfil es un perfecto cerdo, de frente es un pobre capitán».

Y tú pensarás, Roldán —rey indiscutible de la noche, las putas, los abismos de la luna y la ciudad—, pensarás cerrando los párpados a la luz pajiza de mediodía: es como una lluvia de fuego que todos pretenden evitar. Y tú pensarás, sumido de antemano en el fracaso: esperar es una forma de morir. Y sólo tendrás una certeza, avanzando lentamente por la ciudad: un hombre deforme es igual que un caballo ciego. Y recordarás mirando con atención las manecillas de tu reloj, la primera noche pasada en la ciudad: traías doscientos sucres, un maletín de plástico y las muletas claveteadas por los criados de tu abuelo. Pasaste la noche —ahora sonrías con amargura— en un cuarto de la Plaza Marín junto a una negra corpulenta, vulgar y ladrona: era la primera vez que tenías a una mujer en tus brazos. Por un tiempo te quedaste a vivir con ella. Pero una tarde lluviosa, mientras fumabas con asco en un rincón apartado, ella te advirtió sin rodeos, casi brutalmente: «Roldán, tú nunca llegarás a nada. Peor aún aquí en la ciudad. Regresa a tu casa pues aquí siempre serás un peón...». Y tú querías olvidar esas palabras todo el tiempo que duró tu aprendizaje en la ciudad: matones que apenas tenían para comer, secretarias de rostro pringoso, untadas con perfumes baratos, que iban por allí para redondear su sueldo, colegiales pervertidos o desesperados, pesquisas mal encarados, soplones, viejos impotentes, burócratas ansiosos de sentir emociones fuertes y una cantidad de solitarios mendigando un poco de afecto... Recordarás otras cosas, otros días. Y también recordarás con asombro, mientras caminas tambaleándote por los adoquines,

el rostro iluminado de un amigo, de tu primer amigo en la ciudad: «No, compañero, esta no es vida para usted». Y recordarás que así, casi por casualidad, fuiste a dar a la universidad. Y finalmente te reconocerás enamorado, mientras fumas sin ganas, vencido por la ciudad, por sus deslumbrantes formas femeninas, que al igual que la noche o la luna paralizará tu atención —¿podrías imaginar los senos de Blanquita, su delicada sensualidad en tus manos?—. Y reconocerás al avanzar por esas calles atestadas de gente que estás agotado, sudoroso, pero no dejarás de caminar ni de desear lo único que ahora esperas en esa tienda de barrio. Y mirarás a tu alrededor para comprobar que no sueñas en medio de esa luz gelatinosa: pronunciarás su nombre, como si hubieses dejado de temer u odiar a los hombres por un instante: Blanca es la luz de mediodía. Blanca es su piel. Blanca es la tristeza. Y luego caminarás hacia adelante, buscando en la pared una hendidura para aferrarte, tendrás entonces la primera duda al observar los ojos de la tendera, sentirás junto a la puerta nuna bocanada de calor: el sol de mediodía es un sol enloquecedor, mortecino, fatal como las alas de un murciélago. Y tú pensarás, sentado ante una taza de café: ella ahora estará cruzando la ciudad con un vestido de algodón, avanzará ajustándose un collar de bambalinas en su cuello, escuchará a lo lejos el tránsito de la ciudad y en cualquier momento aparecerá al otro lado del puente caminando con sus pasitos cortos —¿qué puente, Roldán, qué puente?—. Y entonces la verás marchando por esas calles empedradas, como si empujara el viento con sus pechos, pugnando por atravesar ese puente largo, tendido bajo el cielo, y seguirá caminando, dudando a ratos, como si hubiera elegido mal esa ruta, avanzará con los ojos entrecerrados por la potente luz de medio-

día. Y tú pensarás, agobiado: es inútil seguir soñando cuentos, dejándose alimentar por encuentros que nunca serán, aunque tú sabes que ella está allí, esperando como tú la esperas ahora junto a esa taza de café. Y empezarás a sufrir, no podrás engañarte ni simular nada, empezarás a entender que en vez de piernas tienes un sexo tan grande como tus piernas. Y entonces recibirás en la cara un olor a fritura, un olor que no acaba de disiparse en el aire, mirarás con inquietud tu reloj, pues has comprobado que el tiempo es un reptil tramposo, mirarás sin ningún interés los párpados caídos de esa mujer descuidada: de esa mujer que ahora te ofrece otro café. Y tú pensarás que esta ha sido tu última oportunidad. Y querrás aliviar tu amargura tomando otra taza de café, mientras afuera la ciudad oscurece, querrás olvidar por un momento el rostro jubiloso de Blanquita al cruzar el puente metálico —¿qué puente, Roldán qué puente?—, y entonces querrás ponerte de pie, extendiendo los brazos hacia las muletas, con el mentón un poco adelantado, mirarás por última vez esa taza de café, verás entonces una versión mezquina de los hechos, verás el rostro de un muchacho, meciéndose como un cadáver en las aguas de un río, verás que todo ha sido una pesadilla en el fondo negro, humeante, perfumado de una taza de café. Y tú pensarás con amargura, aprendiendo a dominar tu odio, pensarás con los ojos vidriosos mirando hacia la puerta: «Dios mío, no merezco tanto desprecio». Y al cabo de un rato saldrás tambaleándote hacia el crepúsculo, a la ciudad que ahora descubres con un asombro inexpresivo en la mirada, como si fuera otra ciudad, no la ciudad que siempre has visto arrastrándose hacia la cordillera, ni la ciudad donde has aprendido a conocer a los hombres, sino otra ciudad a la cual tú ya no perteneces, porque de

algún modo estás muerto. Y súbitamente sentirás frío, amargura, desprecio por ti mismo, y seguirás caminando sin mirar hacia atrás, avanzarás sospechando que dentro de ti hay un grito aún más desgarrador. Y entonces aceptarás tu derrota, aunque en lo más hondo de tu memoria solamente hay cabida para su nombre, bajarás humillado la cabeza, cerrarás los párpados al recordar, nuevamente, el aroma de su cuerpo al fondo de una taza de café, verás al muchacho paseándose con ella por un jardín de la ciudad, verás que él la miraba fijamente a los ojos como sólo se miran los enamorados o los locos. Y por último soltarás un gemido ronco, dejando por un instante de respirar, cuando al día siguiente lo descubras repartiendo papeles en la universidad, moviéndose con diligencia para anunciar una huelga, soltarás una exclamación mientras te alejas cabizbajo, compensarás esa sensación que entonces crecerá dentro de ti, dominando el resto de tus sentimientos, y compensarás esa impresión adueñándote de la ciudad y sus enigmas. Y tú pensarás, Roldán —rey indiscutible de la ciudad, los naipes y el billar—, pensarás que después de todo eres el misterioso Roldán.

3

Después de un breve saludo, Roldán se acomodó a lo largo del asiento posterior, puso las muletas en el piso del coche, al alcance de su mano, y miró con indiferencia el rostro sumiso del capitán Romero. Dejó que sus piernas flácidas, esponjosas y ajenas colgaran fuera del asiento. Una extraña impresión lo envolvió cuando fijó

su atención —de perfil eres un perfecto cerdo y de frente un pobre capitán— en la sonrisa siempre renovada del capitán. Después, pensó mientras el coche avanzaba por una ancha avenida: «Es una sonrisa de sucia complicidad». «Espacio, capitán, espacio», dijo sacudiendo una mano en dirección al sur. Roldán tenía la cabeza hundida en el asiento, los ojos puestos en la calva del capitán, mientras trataba de evitar esa ridícula situación, la pregunta inevitable que tarde o temprano se haría sentir en su mirada. Pero no hubo alusión alguna por parte del capitán. Por el momento él avanzaba por una avenida abierta sin consideración ni recato entre las montañas, en esa ciudad sin horizonte: una ciudad colgante como los altares de sus iglesias. Y aunque parecía latir una mansa, acaso estúpida armonía en el interior de sus edificios, aunque parecía una ciudad sitiada por la calma, había otra ciudad que iba creciendo hacia el sur, otra ciudad cuyos habitantes parecían vivir una melancolía amarga, tierna, rencorosa, otros habitantes más atentos a la mugre, al espanto y a la muerte que a la felicidad.

De todos modos el patrullero seguía pasando junto a los semáforos, las calles repletas de gente y los mercados. Poco a poco la ciudad se iba cerrando en un callejón. Roldán sintió lástima por el capitán, lástima que pronto se convirtió en indignación cuando este le dijo en un tono cargado de segundas intenciones: «No sabía que usted hace estos trabajitos sucios, Roldán...». Por primera vez se sacudió, indeciso, en el asiento. Abrió la ventanilla, y se vio amargo, burlón, cínico en la luna del retrovisor. Sorprendido, sonrió en dirección a las montañas. Mientras se quitaba el saco, empezó a odiarlo furiosamente. Un golpe de aire tibio cruzó su rostro. Bostezó antes de hablar. En algún momento, vio a una vieja

mientras el coche se detuvo en un semáforo: una mujer vestida de harapos, sucia y sin dientes, había pedido caridad alargando el brazo hacia el capitán. Roldán apartó la mirada. Después se inclinó sin ruido, apoyándose con las manos en el asiento, como si quisiera decir algo. Una muleta se cayó en la alfombrilla del piso. Entonces tuvo la impresión de que el capitán estaba sudando. Sus manos regordetas parecían aferrarse con tenacidad al volante. Pensó que tenía miedo y sonrió torciendo la boca. En aquel momento, Roldán habría dado cualquier cosa por un cigarrillo pero no encontró ninguno en sus bolsillos. Descubrió a lo lejos, entre un espejismo de árboles que se sucedían sin tamaño ni color, la calle por donde debían curvar. Miró con asco la nuca pelada del capitán, el cuello sucio de su camisa. Dijo entonces con suavidad, midiendo cautelosamente sus palabras: «Recién pensaba en un chancho hornado, capitán...». Después le ordenó, intempestivamente, tomar a la izquierda. Romero pensó, mientras cerraba la ventanilla: «Dios mío, este me quiere matar...». El coche se deslizó por un camino vecinal, dejando atrás una nube de polvo. De unas casas de adobe salió un grupo de niños sonrientes que se quedaron envueltos en la sombra apenas visible de un matorral.

Romero comenzó a sospechar de Roldán, pensó que ya no era el mismo, que había algo de animal agazapado en su forma de mirarlo, que era un tipo temible, capaz de todo. Estuvo a punto de dejarse vencer por su instinto, pero se detuvo a tiempo, pensando que él solamente cumplía órdenes. Fue entonces cuando oyó, estremeciéndose, las palabras de Roldán. Comenzó a hablar con una voz dura y seca, sin mirarlo a los ojos: «No, capitán, el trabajito sucio lo va a hacer usted». Al final del sendero había una casa pintada de amarillo, en cuyo huerto co-

rreteaban unas cuantas gallinas. Romero no tuvo tiempo de reflexionar cuando sintió el aliento tibio de Roldán acariciando su nuca, las palabras pronunciadas con nitidez, los ojos congelándose con determinación: «Deténgase aquí, capitán». Romero se detuvo bruscamente. Por un instante los envolvió una densa nube de polvo —una nube alta como una colina los aisló del resto del mundo, al mismo tiempo que se percibía el fuerte olor a cuero y bacalao en alguna parte—, se escuchó de cerca los ladridos de un perro, cuyos ojos parecían indicar que escaparía al primer piedrazo. Después de bajarse, Roldán señaló con una de sus muletas la puerta y el capitán la abrió de una patada. A primera vista, la habitación estaba en orden, aunque de inmediato la envolvió un fuerte olor a cuero. Por una ventana lateral se filtraba un poco de luz hacia la mesa. Una botella de cerveza despedía un débil resplandor dorado. Romero permaneció inmóvil hasta que el otro se le acercó arrastrando las muletas. Estaba tan concentrado que no oyó el sonido de las pisadas en el pórtico. En esa casa parecía no haber nadie. Entonces descubrió al muchacho deslizándose por debajo de la mesa. Roldán lo miró buscando sus ojos en la penumbra. Pudo oír su respiración agitada. Dejó pasar deliberadamente el tiempo, aunque se mantenía quieto, mirando con curiosidad a su alrededor: un montón de libros se apilaba bajo la ventana. Sobre la mesa estaban las hojas volantes.

En aquel momento tenía los ojos hundidos en el rostro: era un rostro deformado por el odio, las arrugas y la tensión nerviosa que el silencio imprimía a sus pupilas grises. Después se apartó de la puerta, con el ceño fruncido como si deseara retener en su memoria aquel instante supremo, único y decisivo para él. De pronto le

causó horror aquel silencio, porque era el mismo silencio velado, amenazador e indeseable que se ocultaba en los bosques y los páramos, cuando él seguía a su abuelo por aquellas laderas inhóspitas y solitarias para alcanzar a los venados antes del alba. El silencio fue interrumpido por el vuelo rutilante y circular de una mosca. Roldán sintió el miedo, la soledad y el aislamiento del muchacho mientras se iba aproximando a la mesa. Pudo adivinar su mirada escurridiza. Entonces, sin decir una palabra, echó a andar en línea recta hacia la ventana. En el trayecto comprendió que el muchacho no tenía escapatoria y que finalmente era suyo: la expresión de su rostro cambió por completo. Dio unos pasos hacia atrás, batiendo las muletas como un tambor. Unos pasos que a cada golpe anunciaban su instinto cazador. De sabio cazador que olisquea el aire antes de caer sobre su víctima. De cazador embriagado frente a las huellas del venado, y una suerte de dicha, de remota felicidad se apoderó de él, cuando por fin consiguió mirar, a tan corta distancia, los ojos intimidados del muchacho. Pero solamente vio el blanco de sus ojos. Pensó que estaría sufriendo y se alegró por eso. Afuera el perro se lamentaba, empujando la puerta con el hocico. Roldán alzó una mano, y dio un golpe rápido bajo la mesa. El muchacho ni siquiera alzó la cabeza. «Pobre infeliz —pensó— está tanto o más solo que yo». De repente, Roldán adoptó una actitud distinta, la del cazador por derecho divino. Del otro lado el muchacho hizo un ruido antes de correr hacia la ventana. Un polvillo ocre se disolvió, componiendo rombos en el aire viciado de la habitación. Con un gesto desdeñoso, Roldán esperó pacientemente que el polvo se asentara para celebrar su triunfo y su amargura.

—Prosiga, capitán— dijo al salir rengueando hacia el patrullero.

LA SANGRE

... para matar con espada y con hambre y con peste, y con fieras de la tierra.

APOCALIPSIS 9, 6

Abuela, tío Lucas dice que anoche tuvo un sueño que le causó espanto: dice que vio manchas de sangre en la mesa ovalada donde él pone sus remedios y en las rosas marchitas del orero. Dice que todavía le queda el temblor de los caballos en el oído, los cascos arañando la tierra entre los pencos resecos que crecen a orillas del camino. Dice que cuando él era niño, La Ciénega se extendía hasta el otro lado del río, que en las vegas de ese río caudaloso alguna vez prosperó un pueblo de arrieros, levantado por una docena de hombres, los arrieros que tra caban en mulas con los otros pueblos de la sierra. Dice que al pueblo lo levantaron a espaldas de un bosque de eucaliptos, donde no penetraba nadie, por temor a que de noche apareciera, si la luna colgaba del cielo, el lobo sangrón que devoraba a las criaturas recién nacidas. Dice que se podía divisar desde un cuarto de la casa, cuando el aire era limpio, el campanario de la iglesia, la calle principal por donde corrían libremente los puercos y los niños, los tejados de paja y un costado de la Plaza, cercada por un seto de supirrosas. Dice que las cosas han cambiado. Dice que a esa buhardilla la llaman ahora el cuarto del ahorcado porque, según cuentan, allí se colgó de una viga un francés aventurero, sin futuro ni apego por la vida, que entonces andaba por aquí midiendo el tamaño de la tierra. Abuela, tío Lucas dice que anoche tuvo un sueño:

dice que aún puede escuchar en la oscuridad de su cuarto el galope de los caballos, encabritados, aproximándose por detrás de ese bosque profundo, oloroso y casi desconocido para todos (*yo no podría contarle nada, abuela, no podría romper el secreto, no podría decirle lo que me pasó, abuela, porque si mis palabras se mezclan con el humo del fogón, con el olor de estas paredes, con el polvo de las alfombras y con el aire viciado de su pieza se rompería el trato, abuela, y después yo no podría saltar sobre las ramas de aquel árbol, ni hablarle como ahora le hablo, pegando mi boca a su corteza dura, ni contarle mis sueños, aunque no debí aspirar el aroma de esas ores, pero el trato está hecho abuela, allí aprendí a ver las cosas de otro modo, aspirando aquel aroma hasta adormecerme, incluso cuando llueve, aprendí a escuchar el ruido del viento, remolinos de polvo y hojas secas que se arrastran hasta mi escondite mientras una extraña sensación, una tibieza muy especial se iba deslizado entre mis muslos y penetraba en esta tierra ávida, estéril y arenosa que ya nadie cultiva, abuela, pero ocurrió repentinamente y sin dolor, aunque no puedo contarle nada, porque el magnolio no admite acomodados para el secreto*). Abuela, tío Lucas dice que anoche tuvo un sueño: dice que los perros ladraban con furia mientras él permanecía oculto, dice que desde su escondite vio desplomarse la torre de la iglesia al otro lado del río, dice que el sudor nauseabundo de los caballos le llegó con el viento helado de la sierra, dice que el Coronel andaba cazando venados por allí. Dice que más tarde lo sacudió una violenta convulsión, hasta dejarlo exhausto y adolorido, con los huesos astillados bajo la piel, la boca seca y la mirada letárgica como si hubiera montado un caballo cimarrón. Dice que entonces vio la iglesia hundirse en la tierra fatal de sus antepasados: la tierra que por un ins-

tante se sacudió ante sus ojos mientras el agua del río se desbordaba hasta arrasar con la Plaza del pueblo (*yo dejo transcurrir las horas allí, abuela, aburriéndome a ratos, aunque yo sé que no debía aspirar aquel perfume maligno, pero tampoco voy a culparme, pues debo confesar que no tuve miedo. ni asombro al sentir el mareo, apenas si lograba entender algo, abuela, yo que paso las tardes allí, saltando entre las ramas, no sentí ningún temor, ¿y por qué habría de tenerlo, abuela, si todo sucedió tan de repente?*). Abuela, tío Lucas dice que se ha pasado la vida soñando, dice que anoche tuvo un sueño horrible, que la sangre cubría toda la Región del Valle, que los conejos se escapaban despavoridos hacia el monte. Dice que cuando él era niño un ejército de peones invadió La Ciénega para escupir el rostro de los santos, para orinarse en los damascos del salón, para matar al Coronel que andaba cazando venados por allí. Dice que en algún momento él dejó de pensar, aunque seguía escondido, porque alcanzó a ver desde su guarida los ojos del Coronel clavándole la mirada, los ojos inquisidores, enrojecidos por el odio que le recorría el cuerpo. Dice que el Coronel fue el causante de su actual enfermedad, porque disparó sin mirar a nadie, disparó creyéndolo parte del ejército invasor, aunque tío Lucas a rma que en realidad no fue así, que el Coronel apuntó bien con su escopeta, ignorando las consecuencias disparó fríamente contra ese pobre muchacho (*y yo, ¿por qué me iba a asustar, si me paso las horas mitigando el ardor de esta tierra? Desde hace muchos años que no se cosecha nada, y por eso me levanto cada mañana a regar las pocas ores que quedan en el jardín, las violetas que se ocultan bajo el magnolio, otros hubieran hecho lo mismo, abuela, y otros hubieran transformado esta tierra en un jardín, pero fue al correr tras el gato, abuela, fue entonces*

que se me desparramó la sangre por los pliegues de encaje, por entre mis muslos, mientras yo permanecía inmóvil y asombrada, viendo que avanzaba, espesa como el barro, corría en hilillos oscuros, bajaba sin producirme dolor y tampoco sentí miedo ni repugnancia, abuela, porque era mi propia sangre, porque esa sangre tenía la fragancia de la tierra recién llovida, de las hojas marchitas, del musgo y las violetas creciendo a la sombra de la magnolia). Abuela, tío Lucas dice que tuvo un sueño: dice que el sol se había retirado hacia la cordillera. Que de inmediato pudo olfatear el aroma de la sangre junto al río. Dice que allí le dio su primer ataque, y que luego se mordió la lengua al ver los ojos aplastados del muchacho, su cabeza abriéndose como una calabaza en la hierba. Dice que por eso ahora está enfermo. Dice que el Coronel lo mató impunemente, sin que él se resistiera, mientras los perros ladraban a su lado. Dice que el barro temblaba, porque un endiablado animal empezó a corcovear, resistiéndose a cruzar ese lodazal, como si se negara a obedecer los designios del Coronel. Dice que el abuelo disparó porque no podía admitir invasores en su tierra, menos aún si éstos eran liberales, dice que anoche tuvo un sueño que es el inicio de sus ataques: la torre de la iglesia desplomándose, las barbas del Coronel agitándose con el viento y la sangre mezclándose con el barro. Dice que poco después tuvo las primeras convulsiones junto al cadáver de ese niño que buscaba nidos como él. Abuela, ¿qué hay de cierto en todo esto? ¿Es maldita esta región, abuela? ¿Está cargada de demonios y es uno de ellos la enfermedad de tío Lucas? ¿Es el mismo demonio que se le metió en la sangre cuando mataron a ese pobre infeliz? Pero la historia ¿es así, abuela? ¿Qué es la sangre? ¿Es una amenaza? ¿Es parte de nuestra historia?

EVA, LA LUNA Y LA CIUDAD

*A Faik Hussain,
cazador de lunas*

De Eva no he vuelto a saber nada a partir de aquel día en que pretendí abandonar la ciudad vieja para internarme, sin propósito alguno, en los vericuetos de la nueva. Tampoco he vuelto a tomar fotos, con la perseverancia y la dedicación de antes, porque la fotografía es insu ciente para expresar ciertas cosas. No he vuelto a salir de la casa. Ni he recibido a los viejos amigos. De vez en cuando oigo el tañido de las campanas, acepto con indiferencia la visita de algún gato, escucho noticias por la radio, veo a la gente por la ventana, pienso en sus vidas con una mezcla de ternura y horror, bebo y fumo sin parar en la soledad de mi estudio, pero nada más. No poseo el valor para enfrentarlos. Fuera de estas paredes, ¿qué ocurre? Una ciudad despiadada, informal y fenicia ha crecido con la abundancia. Una ciudad donde ahora se ha refugiado todo el mundo. De Eva no he vuelto a saber nada desde el momento en que me dejó por un acuarelista mediocre.

Era un hombre alto, moreno y descon ado, con una voz espesa y arrogante, hacía bromas de mal gusto, pero tenía el dinero su ciente como para convencernos de su talento. De Eva solamente conservo, aunque sea una forma de reavivar mi odio, una vieja fotografía entre las páginas de un libro (la veo alta y desgredada dando vuel-tas por la pieza, con la mirada ja en los tejados, maldi-

ciendo la lluvia porque una vez más debíamos postergar nuestras postales, el amor con que solíamos recorrer la ciudad vieja, aplazando para otro día un trabajo que era nuestro único sustento cuando ocupábamos la casa frente a La Compañía, otro día demasiado lluvioso para que la cámara absorbiera por completo la luz de la ciudad).

Al caminar una noche bajo la lluvia yo iba diciéndome que una mujer soltera, ambiciosa y bella es capaz de todo con tal de llevar adelante sus sueños. Dime, Eva, ¿cuál fue la causa de tu partida? Si al menos yo tuviera un motivo para reprocharme, para asegurar mi culpabilidad. Pero ni siquiera eso pudiste ofrecerme. Considero que no hubo un motivo sino varios. Como ocurre siempre. Un idiota se rompe la cabeza pensando, ¿para qué? Si todo es parte del pasado. Pero no era mi obstinación lo que la incomodaba, sino que además se horrorizaba cuando me oía decir: «Percibo una amenaza, la mediocridad —y yo la miraba sin convicción, jugueteando con un lápiz entre mis dedos, dispuesto a romper sus sueños—. Hay suciedad, desinterés... Resulta cómico ver que cocinan loco en los ministerios, ¿y a quién le importa?». Y entonces yo adivinaba la desdicha en sus ojos, la inocencia reducida al servilismo de mis palabras, como si fuera la vulgar esposa de un burócrata, igualmente servil y vulgar ante cualquier manifestación renovadora. «Pero no, la vida no puede ser así...», decía apartándose un mechón de pelo caído sobre el rostro. Sus ojos se quedaban mirando jamente la ventana. La única ventana por donde ella podía soñar. Extraños pensamientos bullían en su interior. Pensaba que la fotografía no era una ventana para entender, sino una prisión para descifrar desde dentro la vida de la ciudad. Eva estaba harta, ¿es que no había otra forma de

vivir? Posiblemente hay un sueño sedoso, inalcanzable y estúpido por el que se dejan transportar emocionadas, sin vergüenza, todas las mujeres de la ciudad, un sueño poblado de ores combinándose con el chifón blanco que favorece sus guras de Almanaque Bristol, con el abanico victoriano pegado al rostro y el velo de encaje tamizando una vaga felicidad en la mirada o en la sonrisa desplegada para el momento, la fotografía inevitablemente dispuesta, cuando ya todo pasa a ser un recuerdo, junto al retrato de una tía muerta o de un padre ausente desde hace muchos años.

Pudo haber sido otro el motivo de que Eva se marchara, atraída por los encantos de la ciudad nueva, con sus discotecas y sus almacenes. Tal vez no quiso aceptar un destino impuesto, gris y sórdido. O quizás el amor no fue su ciente para ella. Le hacía falta algo más. Pero cuando me servía el desayuno cada mañana, con los ojos todavía húmedos por el sueño, desnuda bajo el camisón blanco comprado en baratillo o a cualquier turco de la ciudad, cuando retrocedía unos pasos hacia la cocina, miraba con una mezcla de pena y asco en torno suyo, mientras prendía un cigarrillo con un aire resignado, extraño, con un aire del que yo comenzaba a desconfiar porque la sentía en otra parte. La miraba desde la cama, mientras escuchaba la radio. Ella se movía torpemente por la habitación, como si estuviera a punto de soltar algo, de maldecir y llorar apoyada contra la pared (entonces cambiaba repentinamente su actitud, sus ojos despedían un fulgor muy especial, sin excesos, su mirada se volvía inaprensible y huidiza, dejaba de reprocharme y se internaba en un estado similar a la ensoñación). A decir verdad yo prefería guardar silencio, olvidar mi obstinación por la fotografía y seguir viviendo. La casa

donde habitábamos estaba en ruinas. Alguna vez fue una mansión, un reducto de felicidad y opulencia para quienes la ocuparon (ya en esa época se había corrido la voz, entre los vecinos, de que una señora vestida de negro y tapada con un sombrero de plumas salía de la casa por las noches, también se decía que mantenía secretas conversaciones con el retrato del coronel Juan Manuel Castañeda y que atemorizaba a todo el barrio, especialmente a Eva. La mujer de negro podía haber sido mi abuela y yo solamente la conocía gracias a un viejo álbum de familia), para quienes la torturaron con el tono de sus voces, con su ajetreo, con sus intrigas a la luz de una vela o junto a las brasas de la chimenea. Ahora pienso que fue una audacia de mi parte ir detrás de Eva, puesto que yo nací en la ciudad vieja, en la ciudad de los ángeles alucinados. Por eso cuando hablo de Eva, hablo de la ciudad vieja y de su actual descomposición, hablo de cosas sin importancia y de un pasado sin mayores relieves. De esa ciudad anterior a la abundancia, donde yo aprendí a soñar, amar y odiar a los hombres con la misma intensidad con que los locos suelen perseguir a sus demonios y fantasmas. Admito que para hablar del pasado, del amor por una mujer o de uno mismo hay que ser demente, pero ¿qué otra alternativa me queda, si son lo único que tengo? Al menos trato de ser sincero, aunque no sea nada fácil... Con eso que vivo solo en una vieja casa del centro, rodeado de retratos y visiones cambiantes que durante la noche conspiran contra mi sueño. Reconozco que mi comportamiento es posiblemente el de un hombre acabado, sin perspectivas ni voluntad para seguir odiándola, porque hasta el odio se vuelve gelatinoso con el paso del tiempo.

De algún modo cruzar la ciudad fue para mí como penetrar en un espacio desconocido, un espacio tan ilusorio como el sueño, como si al caminar derrotado y encorvado bajo la lluvia hubiera quebrado con mis pasos la superficie de un espejo. Dejaba atrás los patios con olor a manteca, el aire tibio por donde habíamos transitado, seguía sus huellas de oprobio e in delidad. De esa mujer ambiciosa, sensual y fantástica, ¿qué puedo decir? De hecho, Eva ya no volverá más. Así yo no tendré que irritarme cuando aparezca por aquí con sus pobres argumentos, con su mirada llena de solicitud. De esa Eva in el y soñadora, ¿qué voy a decir? Que ella poseía el instinto para detectar los intestinos de la ciudad. Ahora todo ha cambiado y supongo que al otro lado de las iglesias, los campanarios y los ángeles que padecen un sopor de siglos, Eva estará habitando una ciudad desconocida para mí. De igual modo que ciertas vírgenes de expresión dulce, Eva irá envejeciendo y engordando junto a un hombre apacible y estúpido.

Dime, Eva, ¿cuándo empezó nuestro silencio? Pues uno se pasa la vida tratando de entenderlo, aunque a veces el silencio sea parte de la vida. Con la fotografía aprendí que cada rostro tiene su propio silencio. ¿Dónde comenzó el nuestro? Ahora, cuando me quedo a solas dentro de la casa, cierro los ojos y trato de percibir el silencio de las ores. Pero en esa época todo andaba al revés. Con la falta de dinero el silencio se fue haciendo más intenso, amargo y demoledor entre nosotros. De algún modo, la ciudad era otra cosa para mí. Era las fotos con las que había comenzado a descifrar el abismo fascinante de sus calles. Era la casa donde vivíamos. Era Eva con su horror a la miseria, con su descontento. Debo aclarar que soy un cazador de lunas —y si no, ¿qué otra cosa

puede ser un fotógrafo?—, un inútil en cuanto se trata de construir algo, un perseguidor de sueños, rincones bellos y amenazas que el contorno de esta ciudad podía ofrecerme (con la penúltima campanada de La Compañía, Eva se despertó sollozando, yo podía adivinar el temor de su mirada, sospechar en sus ojos una inquietante realidad, le ofrecí de inmediato una taza de café y unas pocas palabras de consuelo, creí conocer la historia antes de que la contara, aunque luego cambié de opinión cuando dijo que en el sueño los rostros se confundían en la niebla, que la casa tenía un suave aroma a violetas secas, álbum de familia y mausoleo carcomido por el tiempo, que más tarde se fue poblando de fantasmas, rumores y ecos del pasado. Con el pelo en deorden, dudando a ratos de sus palabras, Eva me preguntó si había percibido el galope desaforado de los caballos, el chirrido de las carretas, el caserón de piedra ubicado al fondo de un sendero, por donde había pasado cabalgando un grupo de hombres que acompañaban a la señora de negro, al Coronel y a la niña hasta la estación de tren más cercana, la niña rubia y frágil que iba cantando bajo los árboles porque se marchaba temblando de frío a la ciudad: una niña a la que Eva vio crecer, sufrir y nalmente morir en mi álbum familiar, una matrona sin resonancias, aunque luego vendrían otros sueños parecidos, otros tiempos y otras historias que contar con la penúltima campanada del reloj en esa casa de la ciudad vieja), porque solamente esta ciudad a la cual pertenezco, con sus escaleras, laberintos, plazas, zaguanes y tejados recostándose bajo el cielo, podía inspirarme en aquel momento el deseo su ciente para seguir recorriéndola, para violarla sin piedad arrastrándome con Eva por sus calles, a fin de descifrarla paso a paso mediante el ojo de mi cámara.

Al atardecer nos juntábamos unos pocos amigos en el Madrilón y bebíamos cerveza helada cerca de la puerta, hablábamos con indiferencia y desinterés sobre los mismos temas, las sequías de ese año, la invasión casi alarmante de chilenos y argentinos, aunque en realidad la conversación se volvía oblicua, difícil y sigilosa porque antes de iniciarla, antes de cambiar de tema a fin de vislumbrar un espacio de eternidad, antes de pedir otra docena de cervezas, antes de seguir fumando y tolerándonos, ya estábamos silenciosos viendo a las moscas volar a nuestro alrededor. Desde allí, en las tardes soleadas percibíamos, el aroma del pan recién horneado o la tibieza del dulce de guayaba que venía desde una tienda frente al correo. En el resto del mundo, afuera, no pasaba nada. Era un verano especialmente seco. Un polvillo transrente, liviano e inoportuno flotaba en el aire de la ciudad. Para todos ese había sido el peor verano en muchos años. Cuando ya nos disponíamos a salir, apareció Eva por detrás de los cristales, pidió una taza de café y mirándonos provocativamente sacó de un bolso un lápiz de labios, un espejo y un ramo de claveles que puso suavemente encima de la mesa. Nadie dijo una palabra. Eva se mordió los labios para igualar el borde encarnado de su boca recién pintada. Entonces creí entender lo que ocurría. No me atreví a mirarla a los ojos, pues todo el mundo sabe que un ramo de ores, un labial y un espejo dentro del bolso de una mujer son una provocación, un lugar común, una amenaza que yo venía sospechando. Eva tomó un clavel rojo de la mesa, la ruindad de su actitud, en vez de hacerme daño, me fascinó.

Poco o nada me importaba la vida actual de Eva, aunque alguna vez seguí de cerca sus pasos, sus triunfos y sus fracasos. Sin duda fue un error cruzar la ciudad

para verla de nuevo. Pero ahora todo esto me aburre. Si hubiera un espejo al alcance de mi mano, no podría mirarme sin odio. O quizás soltaría una carcajada. No soporto la idea de que estoy envejeciendo. Con un vaso lleno hasta los bordes cualquier cosa es posible. Bebo para reconciliarme con el pasado, con el sueño y la locura de haberla amado tanto. Bebo porque no tengo otra cosa que hacer. No me importa si afuera llueve o hay sol. Pero me molesta no tener cigarrillos, fumar es otra forma de matar el tiempo. Quizá yo sea un enfermo que busca la ejecución de un gesto único, quizá el crimen ronda en cada vaso, la violencia en cada rostro que entreveo cuando duermo. Lo cierto es que Eva partió dejándome con mi deseo. Partió en busca de su propio deseo, imaginando que iba a descubrir El Dorado, es decir la ciudad que hoy día se levanta por encima de los campanarios.

Eva, ¿cuándo comenzó nuestra desgracia? Es cierto que la casa era vieja, sucia y estaba poblada de fantasmas, además tenía el aspecto desolado de un orfanato. O más bien parecía un asilo de ancianos, de esos ancianos cuya dignidad les permitía seguir inmóviles en los retratos del salón, sin olvidar que la escalera también estaba en ruinas y el papel que cubría las paredes saltaba por la humedad, despidiendo un olor a coliflor y podredumbre. Es cierto que tenía numerosas habitaciones y algunas eran amplias, soleadas y de techo alto, aunque ahora las palomas y los gatos se habían tomado los travesaños para guarecerse de la lluvia. Pero no teníamos otra casa en aquel tiempo. La recibí como una herencia casual, con la condición de que la habitara hasta mi muerte. Era ideal para lo que nos proponíamos. Dime, Eva, ¿no revelamos allí las mejores fotografías de

la ciudad? Todavía recuerdo esa tarde lluviosa en que el doctor Recalde me citó con un montón de papeles sobre la mesa. Era un viejo de rostro alargado, barba de chivo, ojos verdes, nariz ganchuda y caminar vacilante con un maletín de cuero por las calles de la ciudad. También era preciso en su forma de hablar y utilizar aquellos términos tan extraños como minuta, testamento, escritura y propiedad privada. Y sobre todo cuando nos decía, barajando los papeles entre sus dedos: la Ley es sagrada para vivir, los hombres son frágiles y Dios hace mucho tiempo que ha dejado de existir porque no consta en ninguna notaría. Así me explicó en tono suave, condescendiente, que la casa tenía tres plantas, dos patios y un pasadizo secreto que se comunicaba con la calle trasera. Por allí se había fugado un francés aventurero, con una niña de la casa: la niña de rostro pecoso, inocente, que luego visitaría en las noches los sueños de Eva.

En el segundo piso, a la derecha, quedaban restos de lo que antiguamente había sido el salón japonés, rodeado de biombos que reproducían el enigma del pavorreal. Más adelante quedaba el escritorio del abuelo, el cuarto de los paletós y el salón principal donde colgaban los retratos de la familia, que tercamente seguían ocupando un espacio que quizá ya no les correspondía. «De noche se pasean, oigo sus gemidos», decía Eva mirándome con ansiedad. Yo la escuchaba con atención, sin ofenderla. El balcón del estudio daba al frente de la iglesia de La Compañía. Lo habíamos acondicionado para que fuera un lugar de trabajo. Allí ella cultivaba violetas, helechos, ciclámenes y gladiolos. Con la lluvia recibíamos, desde la calle, un suave olor a piedras mojadas que lo inundaba todo. Eva pensaba que las ores mejorarían el aspecto más bien miserable que tenía el

conjunto. De vez en cuando aparecía una gotera, escuchábamos a las ratas en el corredor y nos prometíamos comprar veneno al día siguiente, pero nunca lo cumplíamos. A veces oíamos, desde la oscuridad, un gemido reiterado y exasperante como el llanto de un niño recién nacido (ya se había corrido la voz entre los vecinos del barrio de que una niña sufría y sollozaba en los altos de la casa, según dicen venía desde muy lejos, de la oscuridad del sótano o de la imprecisión del sueño, la ciudad entera podía escucharlo con las primeras campanadas, pero ya nadie parecía sentirse culpable). La niña sufría y lloraba con la voz del rencor, era un gemido maligno, amenazador y tenaz que en la oscuridad se prolongaba y confundía con el viento y con el gruñido de los gatos, un gemido que a todos llegó a alterarnos, especialmente a Eva, pues ella también comenzó a llorar y sufrir en los altos de la casa. Una mañana de invierno, según los rumores del doctor Recalde, un coronel ambicioso, un caballo y la niña atravesaron la ciudad en dirección a La Mariscal. La niña caminaba con actitud pausada y grave tras el caballo, ignorando su destino. Pues aquel Coronel carcomido por el odio y la ambición supo ultrajarla con calculado acierto, cuando apenas tenía doce años, al ponerla en manos de la Rusa para que esta la iniciara en los secretos del amor, según cuentan ahora avergonzados, impotentes y quizás incrédulos ciertos habitantes de la ciudad, peor aún si la niña maldecía y lloraba a causa de un destino impuesto, una niña pecosa y tierna que alguna vez vino cantando a la ciudad, y nosotros oíamos aquel reiterado gemido en la oscuridad, permanecíamos insomnes y atentos, agudizando los sentidos, buceando entre la incomprensión y el sueño, como si tratáramos de apresararlo con el lente de la cámara, con

la culpabilidad de la memoria y la voluntad de ir más allá, de penetrar en un territorio velado y nalmente peligroso. Seguíamos con fascinación los gemidos desde la cama, sospechando que no provenían del sótano, sino de la ciudad misma, aunque luego crecían en nuestra imaginación, aparecían más tarde en ciertas fotografías, maltratándonos, hasta que Eva dejaba caer su cabeza en la almohada y yo me adormecía con el rumor de las palabras, mientras afuera la ciudad entera gemía y se lamentaba como un viejo asmático. La ciudad centenaria. La niña inocente y la crueldad del Coronel, la luz cenicienta del amanecer, los gallos que iniciaban su sinfonía desde la catedral. Mañana miraré otra vez la ciudad, el sol, la vida renovándose. Con el calor que despedía el brasero, Eva se iba acomodando entre las mantas en cuanto cesaban los sollozos, temblaba a mi lado, tenía la piel como sudada y su respiración se iba regularizando poco a poco hasta volverse casi imperceptible, su aliento era cálido, olía a menta, y sus senos se alzaban por debajo del camisón. Dormía con la boca entreabierta, emitiendo extraños ruidos. Después, muy espaciados, me llegaban sus gemidos de dolor, los del sueño, los que yo podía adivinar gracias a la palidez de sus mejillas brillantes. «Mañana se habrá olvidado, si es que se olvida», pensaba yo fumando en la oscuridad. Pero no olvidaba, al contrario, me sorprendía verla sufrir, adelgazar y envenenarse en secreto con un odio que debía ir en aumento, indefensa y melancólica, pero no olvidaba sus propósitos tenaces como la luna, sus reproches disimulados con los que ya no lograba engañarme. A veces se despertaba, la mirada febril, sin ánimos para llorar ni decirme nada. Una noche la vi sujetar una violeta en su mano, desnuda contra la pared, hizo repentina-

mente un gesto torpe, como si quisiera expresarse sin palabras, dándome a entender que debíamos salir de esa casa. Luego estuvo envuelta en una sábana, reclinada, mirando la luz de la luna, con el pelo ondulado y los pies desnudos sobre el piso de madera. «De noche los oigo, se pelean y hay una niña que sufre», me dijo arrojando la flor por la ventana. Pensé entre sueños que la deseaba furiosamente, así, con los brazos caídos y los pezones exhibiéndose como cerezas.

Al día siguiente, yo me olvidaba de todo, la oscuridad, el olor acre, el zumbido del foco rojizo, las imágenes que iba dibujando la ciudad en el papel, pero no me permitía emprender, en ese momento, vuelos hacia el recuerdo, hacia la noche, hacia los sueños de Eva. Yo había logrado atrapar con máxima delidad lo que mi ojo, lo que el lente de la cámara era capaz de ver. Pero la fotografía es limitada, no se puede jar sobre el papel un sueño o la locura de un hombre. Una tarde Eva desapareció sin decir nada. No volvió más a la casa del centro. Desapareció sin dejar huellas, como si el ácido para revelar hubiera carcomido los ribetes del papel y quizá los de nuestras vidas. De todo esto, ¿qué puedo decir?

Cada mañana, mientras me dejaba llevar por el ritmo musical de las calles, con la mirada perdida, como si Eva hubiera estado todavía caminando a mi lado, con la cámara al hombro (con la incertidumbre que parecía rodearla, con la libertad y fantasía que adoptaba ante ciertas situaciones, Eva me había dado la impresión de no existir dentro de mí, sino de ser una invención, un sueño engañoso que la ciudad vieja me había proporcionado), yo había comenzado a sospechar que tras los muros conventuales, tras el modesto aldabón de hierro, tras los cancelos que reproducen con sus rizos el

laberinto de la ciudad, tras los soportales de la plaza, los bodegones de San Francisco, la voz de los jubilados y el comadreo de las viejas había algo imperceptible, algo que seguramente se escapaba a la curiosidad de mi ojo, algo similar a un inmenso negativo, aún no revelado, un rompecabezas o un tapiz que mi máquina fotográfica nunca lograría atrapar en su totalidad. Entonces comprendí lo que signi ca ser fotógrafo, un poeta del instante que pretende atrapar el paso del tiempo. Y por eso seguí explorando la ciudad.

En los bancos de la plaza, bajo la mirada vigilante de los héroes, los jubilados dormían con los ojos abiertos. Para ellos el tiempo posee el mismo tono sepia de los daguerrotipos. Las historias que cuentan pertenecen al pasado, recuerdan con nostalgia el ruido cascabeante del tranvía cuando se desplazaba como un escarabajo por las calles de la ciudad. La tarde olía a frescor de lluvia cuando yo caí por allí. Me senté en un banco junto al más viejo. Prendí un cigarrillo, noté que no tenía dientes, ni la mirada viva tras los anteojos. Los gorriones se agrupaban alegremente entre los árboles. Los gorriones, los jubilados y los gatos eran los habitantes indiscutibles de la ciudad. Cuando abandoné el banco, no tenía hambre y anduve tomando fotos. La gente salía de sus trabajos, pasaba a mi lado con premura. Imaginé una bailarina, con una or en el pelo y sacudiendo los pechos en el escenario. Después pensé en Eva desnudándose, con las piernas largas y el vello dorado de sus muslos espejeando ante los re ectores del estudio. Pensaba con amargura y rencor que ya no me pertenecía, que su boca se abriría con sensualidad para besar a otro hombre, que sus gritos convulsos y sus palabras obscenas se repetirían fingiendo una entrega absoluta. Parpadeando con-

tra el frío, como si me despertara de un sueño, vi la casa en ruinas, los ojos de Eva y los campanarios, los niños jugando en las esquinas, vi entonces que el sol se ponía entre sombras doradas y rosas por detrás de las montañas. Desemboqué en una calle desierta, sin salida, que terminaba en una plazoleta. En aquel momento habría querido volar, pero seguí caminando por esa calle hedionda y triste. En una tienda vi un hombre vestido de negro, un gato que se relamía los bigotes sobre el mostrador y un niño que se limpiaba los mocos. Los miré con angustia, desde la calle, sin moverme. Pensé que estaban muertos desde hacía mucho tiempo. De repente una mujer pasó a mi lado. Pero se alejó a toda carrera, corría con un vestido de novia, huyendo entre los encajes venecianos, el velo corto y las ores blancas esparcidas en el cabello, dejándome una impresión de ensueño, voluta de humo y danza al perderse tras una puerta. En el centro de la casa había un patio con un viejo limonero. Una mujer gruñó en un rincón y me señaló las escaleras. Subí con desconfianza y miré de soslayo el cuadro que colgaba de la pared. Era un Cristo alto y fornido que sostenía un látigo en su mano. Por todos lados había rostros petrificados en el tiempo, rostros desdentados y sombríos que vigilaban y gruñían tras las puertas, mujeres envueltas apaciblemente en sus pañolones. Por todos lados, humo, braseros chispeantes, olor a refrito y manteca, ropa colgada a lo largo del corredor, colchones apoyados contra la pared. Había algo que me atraía y repugnaba en esa casa, quizás estaba soñando una miserable fotografía de la ciudad, seguramente quería sumergirme en esa atmósfera asfixiante, aunque en ninguna parte había rastros de la novia, ni de su encaje bordado de perlas. Un hombre jugaba a las cartas. La habitación

era espaciosa. Una llovizna menuda, lenta y grisácea se deslizaba por los cristales. El cuarto estaba vacío. Parecía estar abandonado. Pero me equivoqué. De espaldas a la puerta, Eva me esperaba. Pude oír la voz de una mujer cantando en el corredor. Di unos pasos hacia ella. Con el rostro semioculto por el velo, Eva permanecía inmóvil y lejana, las rosas se marchitaban en sus manos, envejecían y se deshojaban como los bordes de su vestido. «Sólo quiere incitarme», pensé alejándome hacia la ventana. Su mirada se suavizó con una sonrisa. No pude resistir el deseo de lastimarla. Creo que vi una mancha de sangre en su vestido. Por todos lados había algo. Una mancha de sangre y un poco de odio en su mirada. Por fin podía respirar tranquilo y salir a la ciudad.

Cuando me desperté con la cara sobre la mesa, solitario y adolorido, vi la botella de Trópico a mi lado y tuve la impresión de haber pasado la noche junto a un caldero. Con los ojos cerrados trataba de salvar imágenes del sueño, de reanimar mi memoria con el recuerdo de Eva caminando por aquel corredor, con su vestido de novia y la mancha de sangre entre los senos. Resolví dirigirme a la ciudad nueva. Así inicié mi recorrido habitual por las calles de esquinas apretadas, sombrías, tan favorables para violar niñas a la luz de la luna. Porque en la ciudad vieja hay una tradición de lunas. De lunas que navegan como peces sonámbulos y se deslizan por encima de los tejados, que enloquecen a los perros y cautivan con su resplandor a los ángeles de La Merced. Sin embargo, yo había iniciado mi recorrido con ansiedad. Pensaba que debía alcanzarla antes de sucumbir... Recuerdo que alguna vez ella me dijo, refiriéndose a la ciudad vieja: «Debes entender que vives bajo un espejismo. Yo no puedo soportar tus rincones

bellos, tu ceguera. Deseo vivir apasionadamente, no como una sombra entre las sombras. No me importa equivocarme, pero no quiero vivir así.»

Yo avanzaba bajo esa enorme luna de agosto, aceptaba mi derrota. Divisé al otro lado de un puente, como un juego de luces, la otra ciudad. Distinguí un tejido de avenidas desoladas, cipreses encorvados, edificios que se alzaban en medio de la noche como jirafas lechosas, automóviles que se deslizaban a toda velocidad, dejando tras de sí una amenazadora cinta roja. De golpe tuve la certeza de estar solo, completamente solo. Pronto los murmullos de la ciudad vieja, los campanarios, quedaron atrás. Ahora miraba lleno de incertidumbre la ciudad nueva, dejando que mis ojos recorrieran el cielo tachonado de estrellas. Me pareció inmensa, fantasmal y ajena a mis deseos. Al principio nada producía ruido, salvo el tenue rumor del viento entre los árboles. Un hombre pasó a mi lado caminando apresuradamente. Un hombre maduro, un poco gris y triste, tan solitario como yo, que se alejó apenas me vio. Me sobresalté porque en mi aspecto exterior no había nada de extravagante. Una sirena se dejó oír a lo lejos. Pensé en un accidente, en un incendio, en un asalto. Pero total, ¿a mí qué me importaba? Sin mirar hacia atrás seguí por una larga avenida, mal alumbrada, que no parecía tener nada bajo aquel cielo profundo, estrellado. Los pocos rostros que alcancé a ver en la oscuridad se volvían cambiantes, hoscos y a menudo adquirían una actitud ausente. Sentí que el miedo me amenazaba. Si no encontraba a Eva, ¿adónde iría a parar? Probablemente terminaría la noche, como tantas veces me había ocurrido, metido en algún lugar bullicioso para ahuyentar mis fantasmas con un vaso de ron. En algún instante atravesé un parque,

un espacio desierto e iluminado por la luna. Un grupo de muchachos cantaba y bebía vino junto a una fogata. Casi todos llevaban el pelo largo, tenían una expresión de felicidad en los ojos y ellas bailaban con desenfado, como si a cada paso rearmaran su juventud y su egoísmo. Parecían mirarme despectivamente, con sus gestos gritaban que eran eternos e indestructibles. Por un momento me quedé absorto. Pues a medida que avanzaba, ciego y confundido, la cara de Eva perdía en mi memoria sus rasgos más característicos. No, nunca la iba a encontrar porque Eva se había disuelto en las sombras de esa ciudad que yo tenía ante mis ojos. Seguí andando lentamente, sin ir a ningún sitio en particular. Caminaba sin emoción, convencido de que esas calles no significaban nada para mí. Lo supe cuando me detuve ante un hotel en cuya fachada típicamente moderna resaltaba, como una incrustación, el frente cubierto de madera de un chalet suizo. De repente, en medio de la noche y el ruido de los carros, escuché una voz a corta distancia. Oculta tras un árbol una mujer joven tiritaba de frío, con un vestido blanco, sucio y gastado. Suavemente y sin ganas, la mujer sonrió tras una máscara de maquillaje y por un instante su silueta se volvió tan ilusoria, blanda y huidiza como la luna que vagamente la iluminaba. «¿Buscas algo, amor?», preguntó con una voz ronca y fatigada desde la oscuridad. La mujer no se movió cuando yo me paré a su lado. Lo que más me llamó la atención fue su vestido blanco, pues aquel resplandor me hacía daño. Un mechón de pelo negro le cubría el rostro. La oí hablar con voz resuelta, con su mirada triste y la tibieza de su cuerpo incitándome a acompañarla por la calle. Sentí náuseas al ver que su rostro se rejuvenecía con el deseo, con esa parodia triste y vulgar del

amor en un cuarto de hotel. Al notar mi indecisión súbitamente recobró sus encantos, su pureza falseada por la costumbre y el vicio. «¿Buscas algo, amor?», alcanzó a decir, oculta tras el árbol y provocándome, la cartera roja sujeta al hombro como una herida, proponiendo y acatando los enigmas de la noche, mientras yo le lanzaba violentamente un escupitajo a la cara. Después, corrí sin parar hacia la ciudad vieja, la ciudad donde nací.

Ahora me pregunto, ¿dónde estará Eva? Y entonces oigo en la oscuridad el gemido de las ratas, el llanto de la niña y la voz del sueño que se desliza por mis venas endurecidas por el alcohol, el delirio y la puta luna que alguna vez fue Eva, esfera y principio de la muerte, Eva la novia vestida de blanco.

ÍNDICE

<i>Ciudad lejana</i> : La travesía de los tiempos, por Cristóbal Zapata	9
--	---

CIUDAD LEJANA (1982)

Historia secreta de una campanilla	17
La marquesa	27
El caballero de San Juan	32
Cristo Rey	39
Sor Juana Rosa	45
Angelote, amor mío	51
Mamía linda	63
Recuerdos en el fondo de un espejo	69
Roldán el misterioso	74
La sangre	89
Eva, la luna y la ciudad	93



Esta edición de CIUDAD LEJANA
se imprimió en el mes de enero de 2026,
en los talleres del PrintLab de la Universidad del Azuay,
con un tiraje de 300 ejemplares.
Para su diagramación se utilizaron tipografías
de la familia Minion Pro.

...yo había comenzado a sospechar que tras los muros conventuales, tras el modesto aldabón de hierro, tras los cancelos que reproducen con sus rizos el laberinto de la ciudad, tras los soportales de la plaza, los bodegones de San Francisco, la voz de los jubilados y el comadre de las viejas había algo imperceptible, algo que seguramente se escapaba a la curiosidad de mi ojo, algo similar a un inmenso negativo, aún no revelado, un rompecabezas o un tapiz que mi máquina fotográfica nunca lograría atrapar en su totalidad. Entonces comprendí lo que significa ser fotógrafo, un poeta del instante que pretende atrapar el paso del tiempo. Y por eso seguí explorando la ciudad.



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa 
Editora

ISBN: 978-9942-577-53-5



9 789942 577535